

FORMACIÓN  
BÁSICA  
PARA  
CATEQUISTAS

Profundizar en el  
Credo de nuestra fe  
II

*Firmes  
en la fe*



*y generosos  
en el Amor*





## FORMACIÓN BÁSICA PARA CATEQUISTAS

Profundizar  
en el Credo de nuestra fe 11

«Firmes en la fe y  
generosos en el amor»

# Indice

Prólogo	7
Introducción	9
1. CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA	10
2. HOY NOSOTROS SOMOS LA IGLESIA Y SANTA MARÍA NOS ACOMPAÑA	24
3. CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS	36
4. CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA	46
5. LA SANTÍSIMA TRINIDAD	56
6. EL AMÉN DEL CREYENTE	64

Edita:

Delegación y Secretariado de  
Catequesis de Aragón

Diseño e Impresión:

Unity s.a.

Depósito Legal:

HU-277/2007

I.S.B.N.

En trámite





# Prólogo

Os manifiesto mi satisfacción y gratitud a todos los padres y catequistas que dedicáis tiempo, paciencia y mucho amor para transmitir a vuestros hijos y catecúmenos el inmenso don de la fe. Sois un eslabón imprescindible de la cadena de la Iglesia, que desde hace dos mil años nos comunica el tesoro que recibió del Señor: anunciar la Buena Nueva a todas las gentes. ¡Cuántos padres, catequistas, sacerdotes y amigos han participado en la transmisión de la fe! Muchos de ellos comprometiendo su vida por anunciar a Jesucristo, también en los tiempos actuales sigue habiendo cristianos perseguidos por anunciar la fe, que no renuncian a hacerlo a pesar del riesgo que corren. Ellos nos animan con su ejemplo y su fortaleza.

Os felicito por la buena acogida que dais a este folleto que cada año os ofrecemos para vuestra formación. Este año seguiremos profundizando en el Credo, trabajando sobre sus últimos artículos, con la confianza de que estos temas os proporcionarán una buena ayuda para transmitir la fe que habéis recibido.

Sabed que la confianza que inspiráis a vuestros hijos y catecúmenos y vuestro testimonio cristiano, hecho vida en la familia, el trabajo y la parroquia es la mejor mediación para que la fe en Jesucristo arraigue en ellos.

Ellos se fían de vosotros, creen en vosotros, os admiran. ¡Qué entrañable es la imagen de un niño en brazos de su madre o suspendido en el aire para ser acogido por los brazos de su padre!

Seguid los testimonios de nuestros padres en la fe: «Por fe obedeció Abrahán a la llamada de salir hacia el país que habría de recibir en herencia; y salió sin saber adónde iba. (...) Por fe Moisés, ya crecido, renunció al título de hijo de la hija del Faraón (...) y abandonó Egipto sin temer la cólera del rey, fuerte como quien ha visto al Invisible.»

Y cuando os asalte la duda o las dificultades, que aparecen siempre en nuestra vida, seguid el ejemplo de los apóstoles que le piden al Señor: «aumentanos la fe».

Tened presente que no os va a faltar la ayuda del Señor, tampoco la de vuestros Obispos, Delegados de Catequesis y Sacerdotes. Buen trabajo para este nuevo curso que comenzamos.

**✠ Alfonso Milián**  
Obispo de Barbastro-Monzón



# Introducción

## Amigos/as catequistas:

Muchos de vosotros dedicasteis tiempo el curso pasado (2009-2010) a profundizar en el Credo de nuestra fe. Con ayuda del libro de formación «*Señor mío y Dios mío*» estudiamos, de forma básica, los tres artículos trinitarios del Credo: creo en Dios Padre, creo en Jesucristo, creo en el Espíritu Santo.

Este curso 2010-2011 nos toca completar la labor comenzada. Vamos a continuar el estudio del Credo en los otros artículos fundamentales que nos faltan. Después de manifestar que creemos en el Espíritu Santo, seguimos expresando nuestra fe así: (Creo en el espíritu Santo,) *la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.*

A esta finalidad responde este nuevo libro de formación básica. Veamos en concreto cómo se organizan los temas:

- En los dos primeros trataremos de la santa Iglesia, incluyendo la comunión de los santos («*la comunión de los santos es precisamente la Iglesia*» *Catecismo de la Iglesia Católica* [= CCE] 946);
- en el tercero, del perdón de los pecados,
- y en el cuarto, de la vida eterna.
- En el quinto añadimos un tema muy importante, como culminación de todo: nuestra fe en la Santísima Trinidad. Dice el Catecismo de la Iglesia en el n. 234: «El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la «jerarquía de las verdades de fe» (DCG 43). «Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela, reconcilia consigo a los hombres, apartados por el pecado, y se une con ellos» (DCG 47).»
- Y sólo nos quedará el sexto tema, con un tono más celebrativo, dedicado al *Amén* final del Credo. Ojalá el Señor nos conceda pronunciarlo con todo nuestro ser y ayudemos a que muchos también puedan hacerlo.

Para profundizar más en cuanto será tratado, os invitamos a que leáis lo que afirma sobre cada artículo del Credo el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Agradecemos a la santa Madre Iglesia que nos ha comunicado la fe apostólica y nos concede el gran don de iniciar y confirmar en ella a las nuevas generaciones de niños, jóvenes, adultos y mayores. No nos faltará la presencia de la Santísima Trinidad.

Valen para nosotros estas palabras de Benedicto XVI: «Deseo exhortaros, con fuerza y con afecto, a permanecer firmes en esa fe que habéis recibido, que da sentido a la vida y que dona la fortaleza de amar.»

Nuestro compromiso: permanecer «firmes en la fe y generosos en el amor».

Que Santa María del Pilar, y de tantas otras advocaciones de nuestras Diócesis, interceda para que sea así.

**COMISIÓN REGIONAL DE CATEQUESIS DE ARAGÓN**

## TEMA

# 1

# Creo en la Santa Iglesia Católica

## Oración

### Himno

No, yo no dejo la tierra.  
No, yo no olvido a los hombres.  
Aquí, yo he dejado la guerra;  
arriba están vuestros nombres.

¿Qué hacéis mirando al cielo,  
varones sin alegría?  
Lo que ahora parece un vuelo  
ya es vuelta y es cercanía.

El gozo es mi testigo.  
La paz, mi presencia viva,  
que, al irme, se va conmigo  
la cautividad cautiva.

El cielo ha comenzado  
vosotros sois mi cosecha,  
el Padre ya os ha sentado  
conmigo, a su derecha.

Partid frente a la aurora.  
Salvad a todo el que crea.  
Vosotros marcáis mi hora,  
comienza vuestra tarea.



## Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (2, 44-47)

*«Los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando».*

**Silencio orante...**

*Oramos juntos:*

Señor, te damos gracias, te alabamos y te bendecimos,  
porque no sólo te manifestaste en tu vida y en tu muerte,  
en tus palabras y en tus milagros,  
en los sufrimientos y en la gloria de tu resurrección,  
sino que te manifiestas cada día en el misterio de la Iglesia.

En ella, Señor, vives, en ella difundes tu Espíritu,  
en ella ofreces tu Palabra, en ella curas,  
en ella alivias los sufrimientos de los hombres,  
en ella y por ella te diste un cuerpo visible  
que es luz de la historia,  
señal e instrumento de unidad para el género humano.

Y nosotros, que de buen grado contemplamos tu vida y tu muerte,  
tu Pasión y tu gloria,  
te suplicamos poder contemplar el misterio de tu cuerpo  
extendido en el tiempo y también  
poder contemplarlo como tu realidad.

Señor, tú te entregas a nosotros como don  
a través de la eucaristía y en ella nos construyes como cuerpo histórico en el tiempo,  
haz que podamos contemplarte en el misterio eucarístico  
y en el misterio eclesial.

Haz que podamos conocer las grandezas de la esperanza  
a la que nos llamas y que podamos servir en ese cuerpo tuyo, la Iglesia,  
que difunde tu esplendor en el tiempo  
a la espera de la plenitud en la gloria.

Amén.

## 1.1 «Creo en la Iglesia»

En el credo, tras confesar que creemos en Dios Padre, en Jesucristo nuestro Señor y en el Espíritu Santo, afirmamos que, desde esa entrega confiada a Dios, aceptamos a la Iglesia como objeto de fe. Y, situándola en este lugar del credo, afirmamos que tiene su origen en el misterio de Dios uno y Trino: en su plan de salvar a los hombres, llamándonos a la comunión de vida con él, por su Hijo, en el Espíritu Santo. La Iglesia brota de la Santa Trinidad. Como dice el Vaticano II, aparece «prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la antigua alianza»; «se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos» (LG 2; ver Compendio CCE 149).

He aquí tres cuestiones que no debemos olvidar: 1) que la Iglesia entra ya en el plan de Dios al crear al hombre (cf Ef 1,10; 3,9). «*El mundo fue creado en orden a la Iglesia*» decían los cristianos de los primeros tiempos (CCE 760; Hermas, vis.2, 4); 2) que tiene tres etapas en tensión hacia el futuro (preparación en el Antiguo Testamento; constitución por Jesucristo y manifestación en Pentecostés, y plenitud escatológica al final de los tiempos); 3) que tiene su raíz y su fundamento en la Santísima Trinidad, por lo que es también *misterio y comunión*.

### PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- Lluvia de ideas sobre la palabra «Iglesia» en nuestros ambientes. Qué se dice de la Iglesia.
- Digamos entre todos expresiones que explican el ser y la misión de la Iglesia.
- ¿Recordáis algún momento en que Jesús habla de la Iglesia?
- Comentad esta frase de San Cipriano: «*Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre*».

## 1.2. ¿Qué es la Iglesia?

Cuando el día 4 de diciembre de 1962 el Cardenal Leo J. Suenens lanzó, en plena aula del Concilio Vaticano II, la pregunta «Iglesia católica ¿quién eres?, ¿qué dices de ti misma?», estaba dando voz a lo que miles y miles de hombres se habían ido preguntando a lo largo de la historia frente a esa realidad humana y sobrenatural a un tiempo, que se llama «Iglesia católica». Nosotros también nos hacemos la misma pregunta. Vamos a profundizar en el *misterio* de la Iglesia, porque es una institución pero también es un misterio. Sólo desde la fe en Jesucristo, vivo y presente entre nosotros podemos reconocernos como la comunidad elegida y consagrada para ser en la historia signo del Amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús.

«Con el término Iglesia se designa al pueblo que Dios convoca y reúne de todos los confines de la tierra, para constituir la asamblea de aquellos que, por la fe y el Bautismo, han sido hechos hijos de Dios, miembros de Cristo y templo del Espíritu Santo» (Compendio CCE 147).

Nos preguntamos cómo y para qué el Señor fundó la Iglesia: «Jesucristo fundó su Iglesia: escogiendo a los Doce Apóstoles, como fundamento del nuevo Pueblo de Dios; muriendo y resucitando para reunir a todos los hijos de Dios en un único Pueblo; y enviando al Espíritu Santo para que asistiese a los Apóstoles en su misión de extender su Iglesia por el mundo.

Fundó su Iglesia para seguir presente y operante a través de ella en el mundo y en la historia de los hombres, es decir, para anunciar y anticipar ya en este mundo la plenitud del Reino de Dios» (ENF 169). Con otras palabras, «la misión de la Iglesia es la de anunciar e instaurar entre todos los pueblos el Reino de Dios inaugurado por Jesucristo. La Iglesia es el germen e inicio en la tierra de este Reino de salvación» (Compendio CCE 150).

*«La salvación viene solo de Dios; pero puesto que recibimos la vida de la fe a través de la Iglesia, ésta es nuestra madre: «Creemos en la Iglesia como la madre de nuestro nuevo nacimiento, y no en la Iglesia como si ella fuese el autor de nuestra salvación» (Fausto de Riez, Spir. 1,2). Porque es nuestra madre, es también la educadora de nuestra fe» (CCE 143).*

### **Ekklesía / Ecclesia / Iglesia**

La palabra «iglesia» procede –pasando por el latín ecclesia- del griego ekklesía. Es un término que tiene que ver con el verbo kaleo, «llamar, convocar». En el griego clásico se refería a la convocatoria, la llamada a la asamblea ciudadana o al ejército. En los «Setenta» (LXX) –la traducción griega de la Biblia hebrea efectuada por los judíos de Alejandría en el siglo III a. C.-, la palabra ekklesía siempre traduce el término hebreo *qahal*, que es la llamada a la asamblea, *la reunión convocada por Yahvé* (por ejemplo en el Sinaí).

En San Pablo la ekklesía se refiere a la comunidad convocada por Dios, en Cristo, que se reúne en un determinado lugar: Tesalónica, Corinto, etc. Es, por tanto, a la vez una realidad universal, que se hace presente en un ámbito local. Emplea con frecuencia este vocablo, que había adquirido ya un significado religioso. Lo toma en tres sentidos: 1) para indicar a los cristianos de una ciudad, congregados para el servicio litúrgico (cf 1Cor 11,18); 2) para indicar a la totalidad de los cristianos de ese lugar, a la comunidad local (cf 1Tes 1,1; Gal 1,2; 1Cor 1,2); 3) para referirse a la Iglesia universal, entendida como un todo repartido por el mundo (cf Gal 1,13; 1Cor 10,32; 12,28).

## **1.3. La Iglesia en sus orígenes: Las primeras comunidades**

La vida de la primera comunidad cristiana es un espejo que nos ayuda a identificarnos como Iglesia y a profundizar en nuestra identidad. Los primeros cristianos formaron pequeñas comunidades. Vivían de tal manera que causaban admiración y asombro en todos aquellos que les veían.

Algunos aspectos de su vida aparecen en el libro de los Hechos de los Apóstoles y específicamente gracias a los *sumarios* (=resúmenes) de este mismo libro: Hch 2, 42-46; 4, 32-35. Nos cuentan que...

- Vivían unidos y formaban un grupo bien compacto.
- Entre ellos nadie pasaba necesidad porque compartían sus bienes.
- Seguían la enseñanza de los apóstoles y escuchaban sus testimonios sobre Jesús.
- Se reunían para orar y celebrar la Eucaristía.
- Se animaban mutuamente y vivían con alegría.
- Se comprometían en el seguimiento de Jesús, en un ambiente muchas veces hostil y contrario al Evangelio.

Sin embargo no todo era de «color de rosas». También la primera comunidad pasó por momentos de dificultad. Creció en medio de tensiones y conflictos.

## 1.4. Profundizamos con el Magisterio en el ser de la Iglesia

### LA COMUNIÓN, RAÍZ DE LA COMUNIDAD

«La Iglesia universal -dice el Concilio- se presenta como un pueblo congregado *por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*». La unión procede del Espíritu, que habita en la Iglesia, la construye sin cesar y la une en la comunión y el servicio (LG 4). La Iglesia es comunión de los hombres con Dios «por la caridad que no pasará jamás» (1Cor 13,8) y congregación de los fieles entre sí.

Jesús, en el Evangelio de San Juan presenta esta comunión como la unión vital del sarmiento con la vid, e insiste en que la vitalidad de los sarmientos depende de su unión con la vid (cf Jn 15,1-8). El concepto clave es *permanecer en*, que figura también en otros pasajes (cf Jn 6,56). Permaneciendo en Cristo por la fe viva, «estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo».

Los santos Padres, cuando hablan de la Iglesia, se refieren a la comunidad de los cristianos bautizados y unidos, entendida como un todo; es «el pueblo unido en torno al sacerdote y la grey que se adhiere fielmente a su pastor» (san Cipriano, *Ep.* 66, 8). Esta comunidad creyente alcanza su plenitud, dirá san Agustín, por la *caridad* y la *unidad*, que proceden de su unión con Cristo por la fe y los sacramentos, y porque la anima el espíritu de Cristo. Esta idea de la Iglesia-comunión pierde fuerza en los siglos posteriores, pero volverá a encontrar eco en la escuela de Tubinga, durante el siglo XIX, y hallará una bella expresión en la *Mystici corporis* y en el Vaticano II.

De esta comunión fontal del hombre con Dios, nace la comunión de unos con otros. La comunión es, en su dimensión más honda, un don que se nos da en el bautismo; Jesucristo hizo de la Iglesia una comunión de vida, de amor y de unidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí (cf LG 9). Pero desde la vertiente humana, desde nuestra respuesta, la comunión es una realidad en camino, nunca lograda del todo. El Espíritu Santo «realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el principio de la unidad de la Iglesia» (UR 2), pero nuestros pecados la retrasan y la destruyen. Y en nuestras relaciones mutuas se refleja, tanto la tensión de nuestra comunión con Dios hacia su plenitud como la debilidad con que acogemos dicho don. Asumir la grandeza del don y, a la par, la pobreza de nuestra respuesta, sin conformismo pero con profunda paz, significa dar un paso de gran alcance en nuestro ser-Iglesia.

¿Qué significa para nosotros vivir hoy esta vida de comunión en el Espíritu? El Papa Juan Pablo II en su Carta sobre el Nuevo Milenio invita a hacer de la Iglesia la «casa y la escuela» de la comunión; invita a una espiritualidad de comunión:

«Espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

Espiritualidad de comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como 'uno que me pertenece', para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un 'don para mí'.

*Espiritualidad de comunión es saber 'dar espacio' al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros y rechazando las tentaciones egoístas que engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias» (NMI, 43).*

## **EL MISTERIO DE LA IGLESIA**

La Iglesia está en la historia, pero al mismo tiempo la trasciende. Solamente «con los ojos de la fe» (Catech. R. 1,10, 20) se puede ver al mismo tiempo en esta realidad visible una realidad espiritual, portadora de vida divina.

La Iglesia, a la vez visible y espiritual. Cristo, el único Mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible. La mantiene aún sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia. La Iglesia es a la vez:

- sociedad dotada de órganos jerárquicos y el Cuerpo Místico de Cristo;
- el grupo visible y la comunidad espiritual
- la Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo.

Estas dimensiones juntas constituyen «una realidad compleja, en la que están unidos el elemento divino y el humano» (LG 8):

Es propio de la Iglesia «ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina. De modo que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos» (SC 2) (CCE 770-771).

Esta Iglesia misterio es esencialmente misionera. «*Es toda ella misionera y la obra de la evangelización es deber fundamental del Pueblo de Dios*» (AG. 2. 35). Dios envía a Cristo, Cristo envía a la comunidad eclesial y la comunidad eclesial envía a cada bautizado a anunciar, con palabras y signos, el plan de Dios de salvar a la humanidad en Cristo.

Esta misión es única y la misma para todos sin distinción de servicios o funciones: ser luz de las naciones para llevar la salvación de Dios hasta los confines de la tierra. La Iglesia sabe que tal misión tiene como finalidad llevar a todos a vivir la «nueva» comunión que en el Hijo de Dios ha entrado en la historia del mundo.

¡Cuánto debemos a nuestra madre la Iglesia!. «Es la que guarda la memoria de las Palabras de Cristo, la que transmite de generación en generación la confesión de fe de los Apóstoles. Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de la fe» (CCE 171).

## IMÁGENES DE LA IGLESIA

Cuando el Concilio ha querido mostrar la identidad de la Iglesia lo ha hecho sirviéndose de imágenes que, siendo complementarias, van presentando distintos aspectos de este misterio. La Constitución «Lumen gentium» ofrece esta reflexión. En el capítulo 6 se ofrecen distintas imágenes bíblicas para presentarnos los diversos rasgos de la Iglesia: redil, vid, grey, edificación, familia, templo, esposa. Siempre descubrimos el misterio de amor y fidelidad de Dios por el hombre, que se refleja en estas imágenes. Grandes imágenes que propone el Concilio son: *Nuevo Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo, y Sacramento universal de Salvación*. Decimos algo de cada una de ellas:

### - Nuevo Pueblo de Dios:

«Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello, eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo. (...) Alianza nueva que estableció en Cristo, es decir, el Nuevo Testamento en su sangre convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu, para constituir el nuevo Pueblo de Dios» (LG 9-17).

El Pueblo de Dios tiene características (CCE 782) que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:

\* Es el Pueblo **de Dios**: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: «una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada» (1P 2, 9).

\* Se llega a ser **miembro** de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el «nacimiento de arriba», del agua y del Espíritu» (Jn 3, 3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.

\* Este pueblo tiene por **cabeza** a Jesús el Cristo (=Ungido, Mesías): porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es «el Pueblo mesiánico».

\* La **identidad** de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo.

\* Su **ley** es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó (cf Jn 13, 34)». Esta es la ley «nueva» del Espíritu Santo (Rm 8, 2; Gal 5, 25).

\* Su **misión** es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf Mt 5, 13-16). «Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano».

\* Su **destino** es el Reino de Dios, que él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección» ( LG 9).

### **- Cuerpo de Cristo:**

San Pablo utiliza esta imagen para expresar la estrecha relación de la Iglesia con Cristo. Como los miembros del cuerpo humano, aunque sean muchos, constituyen un solo cuerpo, así los fieles en Cristo. En este cuerpo hay variedad de miembros y de tareas (I Corintios 12-13; Romanos 12). Es el Espíritu Santo quien une ese cuerpo y quien comunica diversos dones para bien de todos los miembros. El mejor don es el Amor. Si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro goza, todos comparten este gozo.

La cabeza de este cuerpo es Cristo (Colosenses 1, 15-18). Él conduce a este cuerpo a la perfección en su Espíritu que es quien vivifica y mueve todo el cuerpo. Cristo ama a la Iglesia como a su Esposa (Efesios 5, 25-28).

Los creyentes que responden a la Palabra de Dios y se hacen miembros del Cuerpo de Cristo, quedan estrechamente unidos a Cristo: «La vida de Cristo se comunica a los creyentes, que se unen a Cristo, muerto y glorificado, por medio de los sacramentos de una manera misteriosa pero real» (LG 7). Esto es particularmente verdad en el caso del Bautismo por el cual nos unimos a la muerte y Resurrección de Cristo, y en el caso de la Eucaristía, por la cual, «compartimos realmente el Cuerpo del Señor, que nos eleva hasta la comunión con Él y entre nosotros» (LG 7). (cf CCE 787-796)

### **- Templo del Espíritu Santo:**

El Espíritu es el principio de la vida de la Iglesia, de su unidad en la diversidad y de la riqueza de sus dones y carismas. «El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos» (LG 4).

«Lo que nuestro espíritu, es decir, nuestra alma, es para nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, para el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia» (San Agustín, Serm. 267, 4).

*«Edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por Él todo edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor» (Ef 2, 19-21).*

### **- Sacramento universal de Salvación:**

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano «(LG 1): Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres «de toda nación, raza, pueblo y lengua» (Ap 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es «signo e instrumento» de la plena realización de esta unidad que aún está por venir.

Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo «como instrumento de redención universal» (LG 9), «sacramento universal de salvación» (LG 48), por medio del cual Cristo «manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre» (GS 45, 1). Ella «es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad» (Pablo VI, discurso 22 junio 1973) que quiere «que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo» (AG 7; cf. LG 17).» (CCE 775-776).

## **1.5 Notas o propiedades de la Iglesia**

La Iglesia ha reflexionado sobre sí misma, a la luz de la Sagrada Escritura y de la Tradición, y ha puesto al descubierto lo que ella es y lo que la distingue de otras comunidades. Ella, como dice el Concilio Vaticano II, es «la única Iglesia de Cristo, que, en el Símbolo, confesamos, una, santa, católica y apostólica» (LG 8). A estas características de la Iglesia, citadas por el Concilio, las llamamos tradicionalmente notas de la Iglesia.

### **LA IGLESIA ES UNA**

El libro de Los Hechos de los Apóstoles contiene unos resúmenes sobre la vida de la primitiva comunidad cristiana, que expresan la unidad de la Iglesia. Uno de ellos dice de los primeros cristianos: «eran constantes en escuchar la enseñanza de los Apóstoles, en compartirlo fraternalmente todo, en celebrar la fracción del pan y en participar en la oración común» (Hch 2, 42-47).

#### **Decimos que la Iglesia es una porque:**

- El Espíritu Santo une a los cristianos en Cristo, el único Señor,
- A fin de que, unidos en la fe, la esperanza y el amor,
- Formen la familia de los hijos de Dios, único Padre de todos.

La unidad de la Iglesia se mantiene y manifiesta cuando los cristianos, fieles al Papa y a los Obispos:

- Profesan una misma fe,
- Celebran los mismos sacramentos,
- Y viven la comunión fraterna

El Espíritu Santo promueve constantemente la búsqueda de la unidad entre los cristianos. El esfuerzo común, por establecer la unidad entre todos los que creen en Jesús, Señor y Salvador, se llama movimiento ecuménico. Cada día es más amplio.

«Muchos elementos de santificación y de verdad» (LG 8) existen fuera de los límites visibles de la Iglesia católica: «la palabra de Dios escrita, la vida de la gracia, la fe, la esperanza y la caridad y otros dones interiores del Espíritu Santo y los elementos visibles» (UR 3; cf LG 15). El Espíritu de Cristo se sirve de estas Iglesias y comunidades eclesiales como medios de salvación cuya fuerza viene de la plenitud de gracia y de verdad que Cristo ha confiado a la Iglesia católica. Todos estos bienes provienen de Cristo y conducen a Él (cf UR 3) y de por sí impelen a «la unidad católica» (LG 8) (...)

El deseo de volver a encontrar la unidad de todos los cristianos es un don de Cristo y una llamamiento del Espíritu Santo.

Para responder adecuadamente a este llamamiento se exige:

- una renovación permanente de la Iglesia en una fidelidad mayor a su vocación. Esta renovación es el alma del movimiento hacia la unidad (UR 6);
- la conversión del corazón para «llevar una vida más pura, según el Evangelio» (cf UR 7), porque la infidelidad de los miembros al don de Cristo es la causa de las divisiones;
- la oración en común, porque «esta conversión del corazón y santidad de vida, junto con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, deben considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico, y pueden llamarse con razón ecumenismo espiritual» (cf UR 8);
- el fraterno conocimiento recíproco (cf UR 9);
- la formación ecuménica de los fieles y especialmente de los sacerdotes (cf UR 10);
- el diálogo entre los teólogos y los encuentros entre los cristianos de diferentes Iglesias y comunidades (cf UR 4, 9, 11);
- la colaboración entre cristianos en los diferentes campos de servicio a los hombres (cf UR 12) (CCE 819-821).

## **LA IGLESIA ES SANTA**

La Iglesia es santa porque Dios santísimo es su autor; Cristo se ha entregado a sí mismo por ella, para santificarla y hacerla santificante; el Espíritu Santo la vivifica con la caridad. En la Iglesia se encuentra la plenitud de los medios de salvación. La santidad es la vocación de cada uno de sus miembros y el fin de toda su actividad (cf *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* 165).

Todos los miembros de la Iglesia están llamados a la santidad. Muchos ya viven siempre con Dios, el solo Santo, en el cielo: son los mejores hijos de la Iglesia. Algunos de ellos, durante su vida en este mundo, han sido hombres y mujeres de santidad heroica y manifiesta: en su tiempo, renovaron la Iglesia y contribuyeron mucho al bien de la humanidad con su testimonio de servicio y amor. Hoy, como en todos los tiempos, muchos hombres y mujeres viven una auténtica vida cristiana en comunión con Dios y al servicio de los hombres. La vida santa de tales hijos de la Iglesia pasa, con frecuencia, inadvertida.

### **Decimos que la Iglesia es santa:**

- porque ya es perfectamente santa en Cristo y en los santos del cielo;
- porque aquí, en la tierra, tiene los medios para santificar a los hombres;
- y porque muchos de sus hijos llevan, ya en la tierra, una vida santa.

### **LA IGLESIA ES CATÓLICA**

Católico quiere decir universal, esto es, algo que se extiende, en el espacio y en el tiempo, a todos. La Iglesia es católica porque está destinada, por mandato de su Señor, a establecerse en todo pueblo, raza y cultura. La Iglesia es el instrumento por el que Dios quiere ir reconciliándolo y reuniéndolo todo en nuestro Señor Jesucristo. En este sentido no sería católica una comunidad que pretendiera realizarse exclusivamente dentro de los límites de un determinado pueblo, cultura, raza o capa social. Es propio de la Iglesia de Jesucristo, abarcar todo pueblo, raza, cultura, clase y condición social.

Por otra parte, cuando la Iglesia, al evangelizar, utiliza los elementos culturales de cada uno de los pueblos, expresa mejor la catolicidad o la vocación universal del mensaje cristiano que anuncia.

Pero la palabra católico se puede aplicar también a una realidad íntegra y plena. También la Iglesia es católica porque profesa, enseña y comunica la fe entera y verdadera de Cristo. No sería por tanto, católica una comunidad que profesara y enseñara sólo una parte de la verdad de Jesucristo.

La Iglesia Católica o universal se realiza manifestándose en las Iglesias particulares, confiadas a la autoridad pastoral de los obispos, que están constituidas de hombres concretos que hablan lenguas distintas y tienen una herencia cultural, una visión del mundo, un pasado histórico y un modo de ser determinado.

La Iglesia particular es verdadera Iglesia si vive en comunión de fe y caridad con la Iglesia universal: desgajada voluntariamente de ésta no obedecería al designio de Dios y dejaría de ser verdadera Iglesia. En cada Iglesia particular está presente y actúa la Iglesia universal.

### **Decimos que la Iglesia es católica:**

- porque ha sido establecida por Jesucristo para que hasta el fin del mundo lleve la salvación a todos los hombres, de todos los pueblos y de todas las culturas;
- y porque profesa, enseña y comunica toda la verdad de Jesucristo.

La Iglesia realiza su condición de Iglesia católica o universal haciéndose presente y actuando en las diversas Iglesias particulares o diócesis. Una Iglesia particular o diócesis es la porción del Pueblo de Dios confiada a un obispo. Verdaderamente, en todas y cada una de las Iglesias particulares, está y obra la Iglesia universal de Cristo que es una, santa, católica y apostólica.

La Iglesia católica no está todavía suficientemente implantada en todos los pueblos de la tierra. La voluntad de Cristo es, sin embargo, que se establezca en ellos para que todos los hombres y mujeres de todos los pueblos tengan acceso a la salvación.

Por eso es necesario que la Iglesia, cuya misión es hacer que la luz del Evangelio penetre en la cultura y modos de pensar y de vivir de cada pueblo a través de la fe viva de los creyentes, se establezca en todos los lugares y no cese de evangelizar. Por eso decimos que la Iglesia tendrá que ser siempre misionera y que todos los cristianos están obligados a colaborar en esta acción misionera y evangelizadora de la Iglesia.

«Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa» (*Evangelii Nuntiandi*, 14).

## LA IGLESIA ES APOSTÓLICA

*Apóstol* quiere decir *enviado*. Los cuatro evangelios enseñan que Dios, el Padre, ha enviado a Jesús, su Hijo, como salvador del mundo. A su vez, Jesucristo ha enviado a sus Apóstoles para que prosigan la misión que Él recibió de su Padre y prediquen el Evangelio a todas las gentes hasta el fin del mundo.

Los Apóstoles, elegidos por Jesús, vieron al Resucitado y recibieron del Señor:

- el encargo de ser testigos de su resurrección;
- la promesa de que Él estaría con ellos hasta el fin del mundo;
- y también los poderes que los hicieron embajadores de Cristo.

Dice Jesús en el evangelio de San Mateo, dirigiéndose a los Apóstoles: «Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mt 18, 18).

Y dirigiéndose a Pedro, añade: «Ahora te digo yo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo» (Mt 16, 18-19).

La antigua liturgia romana ensalza así la misión de los Apóstoles: «Éstos son quienes, mientras vivieron en carne mortal, implantaron la Iglesia con su sangre, bebieron el cáliz del Señor y fueron hechos amigos de Dios».

Su función apostólica, intransferible, consistió precisamente en ser testigos inmediatos de la resurrección del Señor y, a la vez, fundamentos de la Iglesia.

Hoy, como ayer y siempre, el Espíritu Santo mantiene a la Iglesia en comunión con los Apóstoles y, gracias a esta comunión, en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. El Espíritu Santo es el principio de la comunión de todos los miembros de la Iglesia en la fe y en el testimonio de vida de los Apóstoles. En este sentido toda la Iglesia es apostólica.

Al servicio de la apostolicidad de todos los miembros de la Iglesia está la sucesión apostólica de los obispos que garantiza en cada momento que esta Iglesia nuestra es la Iglesia misma de los apóstoles. La verdadera Iglesia de Jesucristo está allí donde los creyentes son fieles a la fe de los Apóstoles, al mismo tiempo que se adhieren a la sucesión apostólica de los obispos.



La misión de los Apóstoles se ha transmitido hasta nuestros días a través de los obispos y del Papa, sucesor del Apóstol Pedro. Los obispos son sucesores de los Apóstoles no en lo que a éstos les fue propio y exclusivo: ser testigos de Cristo resucitado y ser fundamentos de la Iglesia. Los obispos suceden a los Apóstoles en su función de Pastores de la Iglesia: a través de ellos, se manifiesta y se conserva en el mundo entero la Tradición apostólica. (LG 20).

Desde los orígenes de la Iglesia hasta hoy, y así sucederá hasta siempre, la fe y la misión de los Apóstoles se han mantenido íntegras y vivas mediante la sucesión apostólica de los obispos, asistida por el Espíritu Santo.

En definitiva, decimos que la Iglesia es apostólica porque se fundamenta sobre los Apóstoles que Jesús eligió y envió.

*«Esta es la única Iglesia de Cristo, que profesamos en el Símbolo como una, santa, católica y apostólica. Nuestro Salvador, después de su resurrección, la entregó a Pedro para que la apacentara, confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno, y la erigió para siempre como columna y fundamento de la verdad. Esta Iglesia, constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, permanece en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él, aunque puedan encontrarse fuera de ella muchos elementos de santificación y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, inducen a la unidad católica» (LG 8).*

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



Recordad vuestra propia «biografía» en la Iglesia. ¿Cómo ha sido tu vida en la Iglesia? Su evolución y acontecimientos fundamentales (qué hemos hecho, cómo descubrimos la fe, cómo la celebramos, la transmitimos, la comunicamos...), teniendo en cuenta las siguientes dimensiones:

- **Comunión (Koinonía):** Mi conciencia de bautizado, mi pertenencia a la comunidad...
- **Servicio (Diakonía):** Implicaciones como cristiano (amor, solidaridad, servicio...)
- **Testimonio (Martyría):** Cómo nos sentimos enviados, nuestra actuación en nuestros ambientes como testigos del evangelio...
- **Celebración (Liturgia):** recuerdos religiosos, cómo aprendimos a orar, primera comunión, otros sacramentos, fiestas...

Unos catequizandos os hacen cuatro preguntas: ¿Qué es la Iglesia? ¿Por qué decimos que la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios? ¿Por qué decimos que la Iglesia es nuestra Madre? ¿Cuál es la misión de la Iglesia? Responden juntos y después mirad cómo responde el Catecismo Jesús es el Señor en las pp142-143, preguntas 41-44.

## TEMA

# 2

# Hoy nosotros somos la Iglesia y Santa María nos acompaña

## Oración

**Cantamos:** Todos unidos formando un solo cuerpo, un pueblo que en la Pascua nació.  
Miembros de Cristo, en sangre redimidos, ¡Iglesia peregrina de Dios!  
Vive en nosotros la fuerza del Espíritu que el Hijo desde el Padre envió.  
El nos empuja, nos guía y alimenta ¡Iglesia peregrina de Dios!  
Somos en la tierra semilla de otro reino, somos testimonio de amor.  
Paz para las guerras y luz entre las sombras Iglesia peregrina de Dios.

Jesús continúa diciendo a su Iglesia, a cada uno de nosotros:  
«Vosotros sois la luz del mundo...  
alumbre así vuestra luz a los hombres,  
para que vean vuestra buenas obras  
*y den gloria a vuestro Padre que está en el Cielo»* (Mt 5, 14. 16)

Le rezamos por todos los que formamos la Iglesia:  
¡Gracias, Jesús! En tu Iglesia todos somos útiles y estamos llamados a hacerte presente entre los hombres.  
Cada uno con los dones que Tú le has dado.  
Todos juntos construimos la Iglesia.  
Ayúdanos para que sepamos responder a tu llamada.  
Danos tu Espíritu de amor, para que vivamos cada día más unidos en la Iglesia,  
con el Papa, con nuestro Obispo, con los sacerdotes y con todos los que trabajan por tu Pueblo.  
¡Que todos seamos una sólo familia para gloria tuya!

*(Jesús es el Señor, p. 79. 83)*

**Cantamos:** Todos nacidos en un solo Bautismo, unidos en la misma Comunión,  
todos viviendo en una misma casa, ¡Iglesia peregrina de Dios!  
Todos prendidos de una misma suerte, ligados a la misma salvación.  
Somos un cuerpo, y Cristo la Cabeza, ¡Iglesia peregrina de Dios!

# HOY NOSOTROS SOMOS LA IGLESIA

## 2.1. La Iglesia, Pueblo mesiánico, participa de las tres funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey

La Iglesia, Pueblo de Dios, tiene como Cabeza a Jesús, el Mesías o el Cristo. Por eso, unido a Cristo, ejerce en este mundo, con El, sus funciones de profeta, sacerdote y rey.

- La Iglesia ejerce su *función profética* cuando escucha la Palabra de Dios, la anuncia y da testimonio de ella con sus obras, y cuando, desde Dios, juzga las realidades y acontecimientos de la vida de los hombres.

- La Iglesia ejerce su *función sacerdotal* principalmente cuando, en la Eucaristía, ofrece a Dios el sacrificio vivo y santo que es el mismo Cristo: en la celebración del sacrificio eucarístico, los cristianos, unidos a Cristo, hacen al Padre la ofrenda de su vida entera, de su trabajo y de toda su actividad en el mundo

- La Iglesia ejerce su *función regia*, cuando, en este mundo, promueve fielmente el Reino de Dios, es decir, cuando se entrega para implantar la justicia, la paz y el amor, y sirve a los más pobres, desvalidos y marginados.

La Iglesia, en la liturgia, da gracias a Dios por habernos concedido el don de participar en la obra mesiánica de Jesucristo, profeta, sacerdote y rey:

«Señor, Padre Santo: Cristo, nuestro Señor, por su misterio pascual, realizó la obra maravillosa de llamarnos del pecado y de la muerte al honor de ser estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad, para que, trasladados de las tinieblas a tu luz admirable, proclamemos ante el mundo tus maravillas» (*Perfecto Dominical 1*, en el Tiempo Ordinario)

## 2.2. Los miembros de la Iglesia, Pueblo de Dios

Quienes hemos recibido el don de la fe en Cristo, y hemos sido bautizados, entramos a formar parte del Pueblo de Dios; nos llamamos fieles *cristianos o cristianas*.

Somos cristianos, por tanto, quienes, unidos a Cristo por la fe y el Bautismo estamos llamados a desempeñar, cada uno según nuestra propia condición, la misión que Dios encomendó cumplir a la Iglesia en el mundo.

Somos miembros de la Iglesia Católica, en la que permanece en toda su plenitud la única Iglesia de Cristo, los bautizados que, en su seno, vivimos unidos a Cristo por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos, y de la obediencia a sus legítimos Pastores. Perseveramos en la gracia y amistad de Dios.

Todos los miembros del Pueblo de Dios tenemos la misma vocación pero la vivimos desde diversos ministerios, servicios y carismas. Tenemos la misma dignidad y gozamos de la libertad de los hijos de Dios; el mandato del amor es nuestra ley suprema; nuestro fin, extender el Reino de Dios en el mundo; todos estamos igualmente llamados a la santidad, esto es, a la unión con Dios y a participar en la única misión de la Iglesia (ver LG 9 y 39).

Todos tenemos, por tanto, una misma vocación fundamental. Pero, desde esa vocación común y básica, Dios llama a cada uno para que colabore en la misión de la Iglesia, según ministerios y servicios diversos. «Diversidad de ministerios, pero unidad de misión» (AA 2).

## **A. LA CONSTITUCIÓN JERÁRQUICA DE LA IGLESIA**

Cristo el Señor, para dirigir al Pueblo de Dios y hacerle progresar siempre, instituyó en su Iglesia diversos ministerios ordenados al bien de todo el Cuerpo. En efecto, los ministros que poseen la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos (LG 18).

- Los **obispos**, sucesores de los Apóstoles, con sus colaboradores en el sacerdocio o presbíteros y sus colaboradores en el servicio a la comunidad, o diáconos, tienen, en la Iglesia, una función propia e insustituible. A ellos les corresponde representar a Jesucristo profeta, sacerdote, rey y pastor ante sus Iglesias particulares y ante todas las comunidades cristianas. Son los *Pastores de la Iglesia*, elegidos para edificar y servir a todo el Pueblo de Dios, gracias:

- /// a la predicación del evangelio y a la enseñanza de la doctrina de la fe;
- /// a la celebración de los sacramentos especialmente de los sagrados misterios de la Eucaristía
- /// y mediante el ejercicio de la dirección y gobierno de la Iglesia.

Los obispos, con sus colaboradores, están llamados a servir a los creyentes y a todos los hombres como lo hizo Jesús, el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas.

Los obispos, con los presbíteros y diáconos, constituyen la llamada *Jerarquía de la Iglesia*: ejercen, en el nombre de Jesucristo resucitado y por la fuerza de su Espíritu Santo, la especial misión de enseñar, santificar y guiar a todo el Pueblo de Dios.

A cada obispo se le confía una porción del Pueblo de Dios que se llama Iglesia particular o diócesis. Ordinariamente, es un grupo de comunidades cristianas y de discípulos del Señor que viven en un determinado territorio. Las diócesis están constituidas por comunidades cristianas, las *parroquias*, y *también* por otras instituciones y asociaciones eclesiales. En cada Iglesia particular o diócesis, el obispo es el principio y fundamento visible de la unidad.

Cada obispo representa a su Iglesia y ejerce en ella su misión pastoral. Pero, en cuanto legítimos sucesores de los Apóstoles enviados por Cristo al mundo entero, todos y cada uno de los obispos tienen la solicitud de la Iglesia universal y de promover la unidad de la fe y la comunión en toda la Iglesia, ocupándose, de modo especial, de los necesitados, de los que sufren y de los que son perseguidos por causa del Evangelio. A todos y a cada uno de los obispos les afecta la tarea de evangelización y la responsabilidad misionera de la Iglesia universal (Ver LG 23).

Los obispos están unidos entre sí por un especial vínculo de comunión. Así como, por voluntad del Señor, Pedro y los demás Apóstoles formaban un grupo, al que llamamos *Colegio Apostólico*, de modo semejante el sucesor de San Pedro, el Papa, y los demás obispos están íntimamente agrupados entre sí y constituyen el *Colegio Episcopal*: el Colegio Episcopal sucede al Colegio de los Apóstoles (Ver LG 22).

- El **Papa**, sucesor del apóstol Pedro, Pastor de la Iglesia universal, es la cabeza del Colegio Episcopal. Este Colegio no sería asistido por el Espíritu Santo y, por ello, no tendría autoridad en la Iglesia si actuase separado de su

cabeza. Pero, por la fuerza y acción del Espíritu Santo, el Colegio de los obispos en comunión con el Papa puede ejercer su autoridad pastoral sobre toda la Iglesia. Esto ocurre especialmente cuando todos los obispos, con el Papa, se reúnen en un Concilio (ver LG 22).

El Papa tiene en la Iglesia un ministerio propio. En él permanece siempre viva la función que el Señor encomendó singularmente a San Pedro, al hacerlo roca en que se apoya el edificio de la Iglesia, portador de las llaves de la misma y pastor de todo su rebaño. Al sucesor de Pedro le corresponde, por tanto, la autoridad plena, suprema y permanente sobre la Iglesia universal, es decir, sobre la entera multitud de los creyentes y sobre todos los obispos (ver LG 23). Desde los primeros tiempos de la Iglesia, el Papa es el obispo de Roma, ciudad donde el Apóstol Pedro sufrió el martirio.

El ministerio de Pedro, heredado por el Papa, es un ministerio de unidad. Por razón de ese ministerio, el Papa es un testigo privilegiado de la única fe de la Iglesia, llamado a confirmar la fe de todos sus hermanos en Cristo. El Papa es, también, quien fomenta la comunión de todas las Iglesias particulares en el amor. Cristo Jesús puso al frente de los demás Apóstoles a Pedro para constituirlo principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y comunión de la Iglesia.

- Los obispos, en su ministerio, tienen como imprescindibles colaboradores y consejeros a los **presbíteros**.

Estos, aunque no del mismo modo o en el mismo grado que los obispos, participan del único sacerdocio y ministerio de Cristo y, también, del ministerio de los Apóstoles. Por la ordenación sacerdotal, están destinados a prestar su cooperación a los obispos (ordinariamente a través de su cooperación con el obispo de una iglesia particular), ayudándoles a predicar la palabra de Dios, a celebrar los sacramentos y a realizar su misión pastoral de gobierno. Todos los presbíteros, a través de su ministerio, tienden a un mismo fin: a hacer presente la única Iglesia de Cristo en los diversos campos de la actividad pastoral de una diócesis, de manera particular en las parroquias.

El conjunto de presbíteros de una diócesis, unidos entre sí por la peculiar fraternidad que establece el sacramento del Orden, junto con su obispo y bajo su autoridad, constituyen un cuerpo social o colegio, que se llama *presbiterio*. Ningún presbítero puede cumplir su ministerio aislada o individualmente sino uniendo sus esfuerzos a los de sus hermanos en el presbiterio y bajo la dirección de los obispos. (Ver LG 28; *Decreto sobre los presbíteros 2, 7 y 8*).

- En las Iglesias particulares, los obispos y sus presbíteros son ayudados por los **diáconos**. Los diáconos no son ordenados para ejercer el ministerio sacerdotal sino para llevar a cabo otros ministerios, necesarios para el bien de la Iglesia: cooperan, sobre todo, en el ministerio de predicar la palabra de Dios y en la misión de fomentar la comunión fraterna y la mutua ayuda entre los miembros de las comunidades cristianas, cuidando con particular atención de los hermanos más necesitados.

Los obispos, presbíteros y diáconos están al servicio de todo el Pueblo de Dios.

## **B. LOS FIELES CRISTIANOS LAICOS**

Los miembros del Pueblo de Dios que no forman parte del ministerio jerárquico son llamados laicos. Esta palabra procede de un vocablo griego, *laós*, que significa *pueblo*. Por tanto laico, etimológicamente, es un individuo que pertenece a un pueblo determinado. Aunque esta palabra, a lo largo de los siglos, ha tenido diversos significados, en la Iglesia se designa con ella a quienes, por la fe y el Bautismo, pertenecen con todo derecho, al Pueblo de Dios.

El título de laico es un título de honor en la Iglesia, ya que los laicos tienen una función insustituible en el Pueblo de Dios. En efecto, a través de su presencia y actuación en el mundo, muestran ante sus conciudadanos la luz y la fuerza transformadoras del Evangelio, fuente inagotable de los valores y virtudes de los que siempre estará necesitado el mundo. El hecho de vivir en el mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social y en el desempeño de las diversas profesiones y tareas ciudadanas es algo propio y característico de los laicos. Por eso, además de laicos, en nuestra lengua se les llama también *seglares*, palabra que significa: *hombres que viven en el mundo («in saeculo»)*.

El campo propio de la actividad evangelizadora y misionera de los laicos es el amplio y complejo mundo de lo social, del trabajo, de la enseñanza, de la política, de la economía, de las ciencias, de las artes, de los medios de comunicación de masas. De modo muy especial, corresponde a los laicos dar sentido cristiano a la vida matrimonial y familiar. La familia, que es la célula primera y fundamental de la sociedad, es para los cristianos una Iglesia en pequeño, una «Iglesia doméstica», como ha sido llamada por la Tradición de la Iglesia y, en tiempos recientes, por el Concilio Vaticano II (ver LG 11).

Aunque los laicos o seglares cumplen su principal responsabilidad cristiana en el mundo, también colaboran con sus Pastores en el interior de la comunidad eclesial. Sus aportaciones en este ámbito son muy importantes para ejercer bien la misión.

Ya desde el principio de la Iglesia, algunos cristianos, mujeres y varones, colaboraron con los Apóstoles en la difusión del Evangelio. También hoy los laicos prestan su cooperación en la vida litúrgica de la Iglesia y desempeñan asimismo servicios determinados de caridad, evangelización, catequesis y administración, en las parroquias e instituciones católicas. Por otra parte, los laicos, además de unirse a la misión de la Iglesia con su apostolado individual, pueden unirse con otros cristianos en asociaciones y organizaciones con la finalidad de hacer más eficaces sus esfuerzos apostólicos (Ver LG 31.33.34; *Decreto sobre el apostolado de los laicos*, 7.10.11.18; *Evangelii Nuntiandi*, 707).

Un antiguo texto cristiano describe, con exactitud y belleza, cómo están llamados a vivir los cristianos laicos su propia vocación:

*«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres  
ni por su patria, ni por su lengua.  
Visten, comen y se comportan  
según los usos y costumbres de cada país.  
Pero, según afirman todos,  
su conducta es admirable y sorprendente.  
Lo que es el alma en el cuerpo eso son los cristianos en el mundo».*  
*(Epístola a Diogneto, s. 11)*

### **C. LOS CARISMAS. LA VIDA CONSAGRADA**

El Espíritu Santo santifica y dirige al Pueblo de Dios no sólo por el ministerio jerárquico sino mediante gracias y dones muy diversos que distribuye entre los cristianos para el bien común de todo el Cuerpo de Cristo. Por medio de estos dones, que llamamos carismas, el Espíritu Santo inspira y dispone a los creyentes para que, siguiendo caminos muy variados y a través de múltiples acciones, contribuyan a edificar y renovar constantemente la única Iglesia de Cristo.

En algunas ocasiones, esos carismas son extraordinarios: los han recibido grandes santos, llamados por Dios para revitalizar a su Iglesia en determinados momentos de su historia. Ordinariamente, los carismas que el Espíritu derrama sobre los cristianos son sencillos y comunes, es decir, no se manifiestan de manera llamativa. Pero, en todo caso, los carismas son un don precioso para la Iglesia que, enriquecida con esa variedad de gracias, atestigua ante el mundo la inmensa riqueza de la bondad de Dios, que se nos ha manifestado en el misterio de Cristo.

Entre los carismas, destaca el llamamiento especial que el Espíritu Santo hace a algunos cristianos para que imiten a Jesucristo siguiendo los testimonios más expresivos de su amor a los hombres. El Espíritu, en efecto, mueve a algunos discípulos del Señor a confesar su fe cristiana ante los perseguidores hasta derramar la propia sangre: el martirio ha sido considerado siempre por la Iglesia como un carisma supremo y la prueba mayor de la caridad.

A otros cristianos, el Espíritu Santo les da el carisma de seguir algunos consejos que Jesús y los apóstoles propusieron a los primeros discípulos

De entre todos los miembros del Pueblo de Dios, tanto ministros de la Iglesia como laicos, el Espíritu Santo invita a algunos para que profesen, de un modo oficial y público, los tres consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Esos cristianos, sacerdotes o seglares, dan testimonio, ante toda la Iglesia, de su especial consagración a Dios.

*«Los consejos evangélicos están propuestos en su multiplicidad a todos los discípulos de Cristo. La perfección de la caridad a la cual son llamados todos los fieles implica, para quienes asumen libremente el llamamiento a la vida consagrada, la obligación de practicar la castidad en el celibato por el Reino, la pobreza y la obediencia. La profesión de estos consejos en un estado de vida estable reconocido por la Iglesia es lo que caracteriza la «vida consagrada» a Dios» (CCE 915). Son los **religiosos**.*

Los religiosos que, por el Bautismo habían sido ya consagrados a Dios, se consagran más estrechamente al servicio divino comprometiéndose a seguir más de cerca a Jesucristo. Una de las maneras de vivir una consagración «más íntima» (CCE 916). Para ello, practican un género peculiar de vida que se caracteriza por la vida en común. A través de este género de vida, mediante la oración y abnegación, sirven a todos los hombres. Su vida consagrada ayuda a los demás cristianos que viven su vocación en el mundo y en el ejercicio de las tareas temporales.

La vida religiosa se distingue de las otras formas de vida consagrada por el aspecto cultural, la profesión pública de los consejos evangélicos, la vida fraterna llevada en común, y por el testimonio dado de la unión de Cristo y de la Iglesia. Es un don que la Iglesia recibe de su Señor y que ofrece como un estado de vida estable al fiel llamado por Dios a la profesión de los consejos. Está invitada a significar, bajo diversas formas, la caridad misma de Dios, en el lenguaje de nuestro tiempo (ver CCE 925-926).

*«El resultado ha sido una especie de árbol en el campo de Dios, maravilloso y lleno de ramas, a partir de una semilla puesta por Dios. Han crecido, en efecto, diversas formas de vida, solitaria o comunitaria, y diversas familias religiosas que se desarrollan para el progreso de sus miembros y para el bien de todo el Cuerpo de Cristo» (LG 43).*

De entre los religiosos, algunos son los monjes y monjas que se retiran a la clausura de los monasterios.

En general, no es propio de los religiosos ejercer las profesiones que, como la política o la economía, procuran directamente la estructuración y organización de la sociedad. Por esta razón, los religiosos son en esta tierra una señal, en cierta manera tangible, de la santidad de Dios y de los bienes futuros del Reino.

La vida de los religiosos es un testimonio vivo y elocuente, en la Iglesia, del señorío incomparable de Dios sobre todo lo terreno y del poder santificador de su Espíritu que obra maravillas en los hombres.

El testimonio de los religiosos es, en medio de todo el Pueblo de Dios, un estímulo para que todos los demás miembros de la Iglesia cumplan esforzadamente las exigencias de la vocación cristiana y el llamamiento que todos han recibido para buscar la santidad, esto es, la unión con Dios. Por eso, la consagración religiosa pertenece, sin duda alguna, a la vida y santidad de la Iglesia y ocupa en ella un lugar insustituible.

Algunos otros cristianos, sacerdotes y seglares, profesan los tres consejos evangélicos castidad, pobreza y obediencia pero obligándose a vivirlos en el mundo. Esto los caracteriza y los distingue de los religiosos. Dichos cristianos son los miembros de los llamados Institutos Seculares. Su modo propio de consagrarse enteramente a Dios es reconocido por la Iglesia. Los miembros de estos Institutos han de permanecer en el mundo y, a partir de su inserción en el mundo, llevan a cabo su apostolado peculiar (cf CCE 928-929).

Tenemos presentes también la vida eremítica (cf CCE 920-921), las vírgenes y las viudas consagradas (cf CCE 922-924), y las sociedades de vida apostólica (cf CCE 930).

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- Para profundizar más: leer del Catecismo de la Iglesia Católica los nn 871 a 945.

- ¿Sabemos llevar a nuestros catequizandos lo fundamental de cuanto hemos tratado en este tema?

- ¿Hay momentos en catequesis para dar a conocer mejor al Papa, al Obispo, al sacerdote, a los monjes y monjas, a los consagrados...?

- Os proponemos un pequeño juego. Aquí tenéis un texto del Catecismo «Jesús es el Señor» al que le faltan algunas palabras. Hay que acertar cuáles son sin mirar el Catecismo:

«En la Iglesia como en una gran ..... todos podemos ..... Jesús quiere que cada uno, con sus cualidades, ..... en la vida de la Iglesia. Cada cristiano ha recibido unos ..... que tiene que poner al ..... de los demás. Todos somos ..... ¡Cuántos dones! ¡Son incontables! Ante los dones ..... del amor del Padre, Jesús llama a cada uno a dar una ..... A unos los llama a vivir en el ..... y en la familia para dar testimonio del ..... de Dios y mejorar este mundo con su trabajo. Los sacerdotes ..... su vida al servicio de la Iglesia representando a ..... Los consagrados y consagradas sienten la ..... de Jesús a ser ..... de su amor entre los niños, los jóvenes, los enfermos, los ancianos..., o dedican su vida a la ..... por las necesidades de todos los hombres.

*La respuesta correcta está en las pp 82-83.*

# LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Damos un paso más. ¿Qué nos une a todos los que hemos visto que formamos la Iglesia? ¿Hay comunión entre la Iglesia de la tierra y la Iglesia del cielo? El artículo del Credo que vamos a tratar responde a estos interrogantes. El texto lo hemos tomado o sintetizado de Catecismo de la Iglesia, nn 946-962.

## 2.3. La Iglesia es la comunión de los santos

Después de haber confesado «la Santa Iglesia católica», el Símbolo de los Apóstoles añade «la comunión de los santos». Este artículo es, en cierto modo, una explicitación del anterior: «¿Qué es la Iglesia, sino la asamblea de todos los santos?». La comunión de los santos es precisamente la Iglesia.

«Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros ... Es, pues, necesario creer que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que El es la cabeza ... Así, el bien de Cristo es comunicado a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia». «Como esta Iglesia está gobernada por un solo y mismo Espíritu, todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo común».

La expresión «comunión de los santos» tiene entonces dos significados estrechamente relacionados: «comunión en las cosas santas» y «comunión entre las personas santas».

### **COMUNIÓN PUES DE LOS BIENES ESPIRITUALES:**

- *La comunión en la fe.* La fe de los fieles es la fe de la Iglesia recibida de los Apóstoles, tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte.

- *La comunión de los sacramentos.* «El fruto de todos los Sacramentos pertenece a todos. Porque los Sacramentos, y sobre todo el Bautismo que es como la puerta por la que los hombres entran en la Iglesia, son otros tantos vínculos sagrados que unen a todos y los ligan a Jesucristo. La comunión de los santos es la comunión de los sacramentos ...»

- *La comunión de los carismas :* En la comunión de la Iglesia, el Espíritu Santo «reparte gracias especiales entre los fieles» para la edificación de la Iglesia. Pues bien, «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co 12, 7).

- «*Todo lo tenían en común*» (Hch 4, 32): «Todo lo que posee el verdadero cristiano debe considerarlo como un bien en común con los demás y debe estar dispuesto y ser diligente para socorrer al necesitado y la miseria del prójimo».

- *La comunión de la caridad.* Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. El menor de nuestros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos. Todo pecado daña a esta comunión.

## COMUNIÓN ENTRE LA IGLESIA DEL CIELO Y LA DE LA TIERRA:

*En la Iglesia hay tres estados:* «Hasta que el Señor venga en su esplendor con todos sus ángeles y, destruida la muerte, tenga sometido todo, sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; mientras otros están glorificados, contemplando `claramente a Dios mismo, uno y trino, tal cual es'» (LG 49). Todos, sin embargo, aunque en grado y modo diversos, participamos en el mismo amor a Dios y al prójimo y cantamos el mismo himno de alabanza a nuestro Dios. Estamos unidos. «La unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe» (LG 49). Concretamos:

*/// Los santos interceden por nosotros:* «Por el hecho de que los del cielo están más íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en la santidad (...). No dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio del único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, los méritos que adquirieron en la tierra... Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad» (LG 49). «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra», decía Santa Teresa del Niño Jesús).

*/// Y nosotros estamos en comunión con los santos.* «No veneramos el recuerdo de los del cielo tan sólo como modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de Fuente y Cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios» (LG 50)

*/// La comunión con los difuntos.* «La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el Cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció por ellos oraciones `pues es una idea santa y provechosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados' (2 M 12, 45)» (LG 50). Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor.

En definitiva:

*«Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones» (Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios, 30).*



# SANTA MARÍA, MADRE DE CRISTO, MADRE DE LA IGLESIA

Y en esa comunión de los santos ocupa un puesto muy especial Santa María. Vamos a considerar ahora su lugar en el Misterio de la Iglesia.

## 2.4. Santa María, Madre de Dios y de la Iglesia, signo de fe y de esperanza para todos los hombres

Cuando la Iglesia canta, celebra, recuerda a María, la Madre de Jesús, se siente inundada de gozo porque reconoce en la Virgen a la mujer bendecida y elegida por Dios Padre para ser la Madre de su Hijo.

La Iglesia, inspirándose en el cántico de María (Lc. 1, 46-55), alaba la generosidad de Dios que ha hecho llegar hasta nosotros su misericordia, al darnos, por la pequeñez de su esclava, al autor de la vida, Jesucristo, su Hijo y Señor nuestro.

María fue la primera que creyó en Jesús, su perfecta discípula, la tierra buena en la que fructificó del todo la semilla del Reino. Asociada íntimamente a su Hijo, lo acompañó, silenciosa, durante su vida pública; escuchó, diligente, la palabra de Dios y la guardó en su corazón con fidelidad; de pie junto a la cruz, acogió como hijos a todos los hombres. Perseveró en oración junto a la primera comunidad aguardando la venida del Espíritu y dio a la Iglesia el testimonio más vivo y elocuente de cómo el creyente ha de esperar el retorno de su Señor.

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha mantenido que nadie puede llamarse, de verdad, cristiano si no reconoce que María ocupa un lugar único en la realización de los designios salvadores de Dios en favor de los hombres. Desde siempre, Dios pensó en ella como Madre de su Hijo y madre de todos los hombres. Por ello, la revistió de gracias singulares como el esposo viste a la esposa con traje de gala y la adorna con joyas.

Le otorgó las gracias singulares de ser: *Madre de Dios, siempre Virgen*, bendita entre todas las mujeres; Madre Inmaculada, llena de la gracia del Espíritu Santo y libre de todo pecado desde su concepción; *Madre glorificada en cuerpo y alma en los cielos*. Su ascensión es figura y primer fruto de la Iglesia que un día alcanzará la plenitud de la gloria.

Los cristianos de todos los tiempos acudimos a María y la invocamos para que, con su amor maternal, acompañe al Pueblo de Dios peregrino en la tierra y sea su aliento y esperanza en su caminar hacia el Reino. Madre de misericordia, abogada y auxilio en las dificultades y mediadora ante su Hijo, el único mediador entre Dios y los hombres.

«Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestro auxilio, y reclamando vuestro socorro, haya sido desamparado de Vos. Animado por esta confianza, a Vos también acudo, ¡Oh, Madre, Virgen de las vírgenes! y, aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante Vos. No queráis, oh Madre de la Palabra, desoír mis humildes palabras, antes bien, inclinad hacia ellas vuestros oídos y atendedlas bondadosamente. Amén».

*«Después de haber hablado de la Iglesia, de su origen, de su misión y de su destino, no se puede concluir mejor que volviendo la mirada a María para contemplar en ella lo que es la Iglesia en su Misterio, en su «peregrinación de la fe», y lo que será al final de su marcha, donde le espera, «para la gloria de la Santísima e indivisible Trinidad», «en comunión con todos los santos» (LG 69), aquella a quien la Iglesia venera como la Madre de su Señor y como su propia Madre» (CCE 972).*

Por todo ello, los cristianos nos honramos en llamar a Santa María «Madre de la Iglesia». Así de solemne lo decía el Pablo VI al concluir la tercera sesión del Concilio:

«Para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título (...)

La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquel que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su Cuerpo místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores; es decir, de la Iglesia.»

Las fiestas que la Iglesia celebra con especial solemnidad en honor de la Virgen María son: 1 de Enero: Santa María, Madre de Dios. 15 de Agosto: la Asunción de la Virgen María. 8 de Septiembre: la Natividad de la Virgen María. 12 de octubre: la Virgen del Pilar. 8 de Diciembre: la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen.

Existen otras fiestas solemnes referidas a Nuestro Señor Jesucristo que tienen una especial vinculación con la Virgen María: 2 de Febrero: la Presentación del Señor en el Templo. 25 de Marzo: la Anunciación del Señor.

Otras muchas fiestas, advocaciones y devociones en honor de la Virgen María celebramos los cristianos. Son expresión de nuestro cariño filial. Basta indicar los muchísimos santuarios dedicados a María y que son meta de peregrinaciones. Tantas y tantas en cada una de nuestras diócesis.

La verdadera devoción a la Virgen, dice el Concilio Vaticano II, «no consiste en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad sino que procede de la fe auténtica». La devoción a la Virgen, nacida del corazón filial del cristiano hacia su Madre, ha de elevarse hacia Dios reconociendo que El ha hecho en María grandes maravillas. (ver LG 67).

El Papa Juan Pablo II, en su primera visita apostólica a España (1982), hablando a los obispos, alentaba a toda nuestra Iglesia a mantenerse fiel en su devoción a la Virgen María, como motivo particular de esperanza:

«Perteneceis a una tierra que supo defender siempre con la fe, con la ciencia y la piedad las glorias de María: desde su concepción inmaculada hasta su gloriosa asunción en cuerpo y alma a los cielos, pasando por su perpetua virginidad. No olvidéis este rasgo vuestro. Mientras sea éste vuestro distintivo, estáis en buenas manos. No habéis de temer».



## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- ¿Es importante la Virgen María en vuestra espiritualidad como catequistas?
- Haced una revisión de cómo está presente Santa María en la catequesis de este curso: en el contenido de la catequesis, en la oración...
- ¿Sabemos llevar las tradiciones y devociones marianas de nuestra parroquia, diócesis, de nuestra tierra, a los catequizandos?
- Para profundizar más en Santa María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, invitamos a leer los nn 963 a 975 del Catecismo de la Iglesia Católica.

*Oración final: Terminamos nuestro encuentro rezando a Santa María una oración (Salve, Angelus...).*

TEMA

3

# Creo en el perdón de los pecados

*«Y en su nombre se  
predicará la conversión  
y el perdón de los pecados  
a todas las naciones.»*

*Lc 24,47*



## 3.1. El perdón de los pecados, experiencia de salvación

La vida humana nos muestra la verdad de nuestra naturaleza, nos revela con dolor las múltiples limitaciones a que estamos sometidos, el mal, la enfermedad, el dolor y la muerte y nos procura también el gozo y la dicha de vivir en medio de las maravillas que nos regala el mundo en que vivimos.

Los hombres y mujeres nos sentimos llamados, desde lo más profundo de nuestro ser, a compartir la vida, los bienes, y sobre todo el amor, la acogida, la ayuda mutua, el perdón y la fiesta como realidades que nos humanizan.

La realidad de nuestra experiencia cotidiana es que a veces unos vivimos a costa de los otros y la violencia se adueña de nuestras relaciones y el amor se rompe y aparecen los odios y los gestos de rechazo, marginación, explotación de unos sobre otros; elegimos la muerte como solución de problemas personales y en definitiva nos encontramos sometidos al mal que nos esclaviza y nos hunde en el mundo de las sombras, del que no podemos salir solos.

Más allá de nuestra experiencia cotidiana, los creyentes nos sabemos hechos a imagen y semejanza de Dios. Llevamos en nuestra misma entraña la vida de Dios, que se nos ha dado por el Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones.

Los cristianos confesamos a Dios Trinidad, un Dios-Familia que es comunión en el Amor de las tres Personas y que nos ha traído a la vida. Por eso nos sentimos llamados a vivir en la comunión con Él y entre nosotros. Y es ahí en la experiencia de la comunión donde logramos la verdadera plenitud humana.

Sin embargo muchas veces rompemos la comunión o nos sentimos incapaces de vivirla aún con las personas queridas. Experimentamos la fuerza del mal en nosotros que nos lleva a vivir buscando la felicidad al margen de la comunión, lejos del Hogar del Padre, utilizamos la libertad a nuestro servicio rompiendo la fraternidad.

Recorremos mil caminos que siempre nos conducen al fracaso, nos volvemos decepcionados a la búsqueda de nuevas experiencias en las que sea posible encontrar lo que añoramos. Y al final nos sentimos, como al principio: sometidos, bajo el peso del mal que nos domina y al que no podemos hacer frente, por nuestras propias fuerzas.

Y en esta experiencia de muerte, de noche, de soledad, de pecado, nos llega la Buena Noticia del proyecto salvador de Dios:

«Y a ti niño, te llamarán profeta del Altísimo,  
porque irás delante del Señor  
a preparar sus caminos,  
dando a su pueblo una experiencia de salvación  
**mediante el perdón de sus pecados.**  
Por la entrañable misericordia de nuestro Dios  
nos visitará un astro que nace de lo alto:  
brillará ante los que viven en tinieblas  
y en sombra de muerte  
y guiará nuestros pasos  
por el camino de la paz.» Lc. 1, 76-80

Y dice Dios que la identidad del profeta es **preparar el camino al Señor dando a su pueblo una experiencia de salvación mediante el perdón de sus pecados.**

**Y Dios-Familia ofrece al hombre esa experiencia de salvación:** El proyecto del Padre es asumido incondicionalmente por el Hijo y es el Espíritu quien inicia la encarnación del Hijo, lo conduce y lo sostiene en la obra de la salvación de toda la humanidad. Y en la experiencia Pascual, ese mismo Espíritu es entregado por el Señor Resucitado a su Iglesia para que continúe en la historia su misma obra de salvación.

Dios cumple la promesa enviando a su Hijo

*«Pero cuando se cumplió el plazo envió Dios a su hijo nacido de una mujer, sometido a la Ley, para **rescatar** a los que estaban sometidos a la Ley, para que **recibiéramos** la condición de hijos.» Gal. 4, 4-6*

Jesús llega a nuestra vida sometida por el pecado y nos ofrece la salvación. Es la luz que ilumina nuestras noches: El es el Camino, nos enseña con su vida a vivir como hijos de Dios en nuestra realidad humana; El es la Verdad y con su Palabra nos ilumina, nos ayuda a conocer a Dios, a relacionarnos con Él, a acogerle en los acontecimientos de nuestra historia para hacer de ella historia de salvación; El es la Vida, la ha entregado libremente para que tengamos vida en plenitud, para que acogiéndole a El, que vive en nosotros, tengamos la misma vida de Dios y con esta fuerza se renueve nuestra humanidad, según la condición de los hijos de Dios.

Jesús Resucitado, es el Señor, ha entregado su vida para el perdón de los pecados, abriéndonos a la vida nueva de ser hijos de Dios por la fuerza del Espíritu Santo. Si creemos en El, si le seguimos, podemos vivir como hijos de Dios, sea cual sea nuestra condición, podemos ser hombres y mujeres nuevos que se dejan habitar por su mismo Espíritu y conducidos por El se hacen constructores de la Nueva Humanidad. Jn.14, 12-14; Jn 15, 7-17; Jn 16, 22-23; Jn 17, 1-26

## 3.2. El perdón en el Evangelio de Lucas

1. Dios perdona siempre. Así lo proclama María en el Magnificat:  
«Y su **misericordia** llega a sus fieles de generación en generación» Lc. 1,50
2. Así lo hizo saber Jesús al iniciar su vida pública:  
«Todos se declaraban en contra, extrañados sobre el **discurso de gracia** que salía de sus labios, y decían:  
- Pero, ¿no es este el hijo de José?» Lc 4,22
3. Así lo vivió Jesús al realizar su misión liberadora:  
Demonio inmundo en la sinagoga de Cafarnaún Lc. 4, 33-36  
«Todos se quedaron estupefactos y comentaban entre ellos:  
- *¿Qué modo de hablar es este que con autoridad y fuerza **da órdenes a los espíritus inmundos y salen?***» Lc. 4,36
4. Sus obras lo ponen de manifiesto:  
El paralítico Lc.5, 17-26  
«El, viendo la fe que tenían dijo:  
- *Hombre tus pecados quedan perdonados.* Lc, 5, 20  
Pues para que veáis que **el Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados...**  
Le dijo al paralítico:  
- *A ti te hablo: ponte en pie, carga con tu catrecillo y vete a tu casa.*»Lc 5,24
5. Es parte esencial de su misión:  
«No he venido a **llamar** a los justos sino a los pecadores, **para que se arrepientan**» Lc. 5,32
6. Perdonar nos hace hijos del Padre:  
«Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; así tendréis una gran recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los desagradecidos y malvados. **Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo**» Lc 6, 35-36

7. Por la fe acogemos la salvación de Dios; el perdón nos capacita para la vida nueva.  
La pecadora en casa de Simón Lc 7, 36-50  
«Por eso te digo: **sus pecados que eran muchos, se le han perdonado**, por eso muestra tanto agradecimiento; en cambio, al que poco se le perdona, poco tiene que agradecer.  
Y a ella le dijo:  
- Tus pecados están perdonados.  
Los comensales comenzaron a decirse: ¿quién es éste que hasta perdona pecados?  
Pero él le dijo a la mujer:  
- **Tu fe te ha salvado; vete en paz.**» Lc 7, 47-50
8. La oración cristiana pide el perdón y lo ofrece como el alimento cotidiano de la vida.  
Padrenuestro Lc 11, 1-4  
«y **perdónanos nuestros pecados**, que también nosotros perdonamos a todo deudor nuestro, y no nos dejes ceder a la tentación» Lc. 11,4
9. El pecador que se arrepiente pasa de la muerte a la vida y es acogido con fiesta.  
Alegría por los pecadores arrepentidos Lc. 15, 1-32  
«Os digo que lo mismo **dará más alegría en el cielo** un pecador que se enmienda que noventa y nueve justos que no tienen necesidad de enmendarse» Lc. 15,7  
«Os digo que **la misma alegría sienten los ángeles de Dios** por un solo pecador que se enmienda» Lc. 15,10  
«Además **había que hacer fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a vivir**, andaba perdido y se le ha encontrado» Lc. 15,32
10. Jesús nos advierte contra el espíritu fariseo  
«**Andaos con cuidado**. Si tu hermano te ofende repréndelo; y, si se arrepiente, perdónalo. Si te ofende siete veces al día y vuelve siete veces a decirte: «Lo siento», **lo perdonarás**. Lc. 17,3-4
- El fariseo y el publicano Lc 18, 9-14  
«El recaudador, en cambio se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; se daba golpes de pecho diciendo: «**¡Dios mío, ten piedad de este pecador!**»  
Os digo que **este bajó a su casa a bien con Dios** y aquél no. Porque todo el que se encumbra, lo abajarán, y al que se abaja, lo encumbrarán». Lc. 18,13-14
11. Experimentar el amor de Jesús provoca la conversión. Nace una nueva vida que supera las exigencias de la ley, esa es la señal de la salvación.  
Zaqueo Lc 19, 1-10  
«Jesús le contestó:  
- **Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán.**  
*Porque el Hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo»* Lc 19, 9-10.
12. Actitudes fundamentales para vivir como hijos de Dios  
Vigilancia Lc. 21, 34-38  
«**Andaos con cuidado**, que no se os embote la mente con el vicio, la borrachera y las preocupaciones de la vida, y el día aquél se os eche encima de improviso» Lc. 21,34

«**Ahuyentad el sueño y pedid fuerza** en cada momento para escapar de todo lo que va a venir y poder manteneros de pie ante el Hombre» Lc 21,36

13. Jesús pide al Padre que los perdone.  
En la Cruz Lc.23,32-47  
«Jesús decía:  
- **Padre, perdónalos, que no saben lo que están haciendo**» Lc 23,34
14. Su perdón nos salva de la muerte y nos hace participar de la vida de Dios.  
«Y añadió:  
- *Jesús acuérdate de mi cuando vengas como rey.*  
Jesús le respondió:  
- *Te lo aseguro: **Hoy estarás conmigo en el paraíso***» Lc 23, 42-43
15. La conversión y el perdón, núcleos de la verdadera evangelización.  
Aparición a los discípulos Lc. 24, 36-49  
«Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran la Escritura. Y añadió:  
- *Así estaba escrito: El Mesías padecerá, pero al tercer día resucitará de la muerte; y en su nombre se predicará la enmienda y el perdón de los pecados a todas las naciones. Empezando por Jerusalén.*» Lc. 24, 45-47

### 3.3. El perdón de los pecados en vida de la Iglesia

La humanidad incapaz de volver a la comunión con Dios por sí misma, herida por el pecado original, encuentra en Jesús Resucitado toda su esperanza: por Cristo, con Él y en Él podemos volver a vivir en la comunión con Dios y a ser con Él Pan Partido, Sangre derramada, vida que se da en alimento para nuestros hermanos.

Por Jesús Resucitado, el pecado del hombre ha sido perdonado y la misma muerte ha sido vencida. En Jesús, muerto y resucitado, Dios ha reconciliado al mundo consigo. En Jesús, el hombre ha podido dar la verdadera gloria a Dios. Jesús ha podido expresar en nuestra historia todo el amor de Dios. Dios se ha podido manifestar plenamente, sin límites, en la persona de Jesús.

Y Jesús Resucitado, el Señor, se ha quedado con nosotros hasta el fin del mundo Mt, 28,20. La Iglesia celebra su presencia viva y eficaz en los sacramentos y son dos los que perdonan los pecados: El Bautismo y la Penitencia.

#### **Así cumple el mandato de Jesús:**

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

—«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.» (Jn. 20, 22-23).

#### **Un solo Bautismo para el perdón de los pecados:**

«Y añadió: Id por el mundo entero proclamando la buena noticia a toda la humanidad.

**El que crea y se bautice, se salvará;** el que se niegue a creer se condenará.» (Mc. 16,15-16)

Por el Bautismo nos unimos con Cristo en su paso de la muerte a la vida, nace el hombre nuevo, el hijo de Dios. Es una experiencia definitiva y única. La persona bautizada recibe el Espíritu Santo que hace de él una criatura nueva, para siempre inserta en Cristo, participando plenamente de su vida y misión.

### **La reconciliación o penitencia:**

El bautizado rompe muchas veces esa identificación con Cristo que el Espíritu ha realizado en el Bautismo y por el mal uso de su libertad vuelve a romper la comunión con el Dios-Amor y se autodestruye en su identidad más profunda. Vive al margen del proyecto de Dios sobre su persona, malogra su vida.

Dios permanece fiel, y el Padre que entregó a su Hijo por nosotros, el Hijo que rompió su Cuerpo entregado y derramó su Sangre para perdonar los pecados, y el Espíritu que hace nuevas todas las cosas fue entregado a la Iglesia para que tenga el poder de regenerar al hombre caído. Y en el Sacramento de la Reconciliación recupera el hombre su dignidad perdida y restablecida la comunión con los hermanos, entra a formar parte con pleno derecho del pueblo de Dios.

Creo en el perdón de los pecados, creo en la fuerza de Dios que regenera nuestra vida y nos hace capaces de vivir como hijos suyos, al servicio de su Reino en la Iglesia. Creo que por encima del pecado y del mal que nos destruye, también como personas, está la fuerza de Jesús Resucitado que nos habita y nos hace nacer de nuevo para una esperanza viva.

### **Celebrar la reconciliación es renovar la alianza:**

Celebrar el sacramento de la Reconciliación, es renovar en nuestra historia personal y comunitaria la Nueva Alianza inaugurada por Cristo. Es abrir el corazón al amor misericordioso de Dios que nos compromete a vivir esa misma misericordia con los hermanos y con la fuerza del Señor Resucitado nos capacita para ser hombres y mujeres nuevos, constructores de su Reino.

Quien no ha descubierto al Padre que le llama a realizar su proyecto de salvación construyendo la Nueva Humanidad inaugurada por Jesús de Nazaret, como camino de plenitud humana, no puede sentir el deseo de ser sostenido, reconfortado y alentado en la superación de su propia debilidad para vivir como verdadero hijo de Dios.

Quien no ha descubierto al Hijo como el único proyecto personal capaz de dar sentido a la vida y a la muerte de todo ser humano. Quien no reconoce en Jesús el verdadero Camino de la Vida, no puede experimentar la necesidad de crecer como persona identificándose con sus sentimientos, haciendo suyas sus actitudes, reconociendo su incapacidad moral y pidiendo el auxilio del Señor para vivir como Él en este mundo.

Quien no conoce al Espíritu de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones para que podamos gozar de la libertad de ser hijos de Dios, no puede sentir la necesidad de romper con todo aquello que le esclaviza, le hace estar sometido a las fuerzas del mal, le impide vivir como verdadero hombre y mujer nuevos que se dejan mover por el Amor y la Bondad de Quien le ha hecho a su imagen y semejanza, capaz de ser familia de Dios.

La Iglesia, a través del Sacramento de la Reconciliación, cumple la misión de perdonar los pecados. Con la fuerza del Señor Resucitado pone en pie a quien desea vivir más allá de sus posibilidades humanas desde el don de Dios, recibiendo de Él la fuerza que libra del mal y le permite vivir en plenitud desde el proyecto salvador de Dios.



Celebrar el Sacramento de la Reconciliación supone **la conversión del corazón**, no es posible la reconciliación para quien no quiere crecer en comunión, para quien no vive la necesidad de ser hombre en plenitud según el proyecto de Jesús.

**Tomar conciencia de la realidad social y comunitaria en la que cada uno es responsable** de lo que construye y destruye. Reconocer que nada de lo que hacemos, decimos, hablamos y pensamos es indiferente para el desarrollo o la destrucción de la vida allí donde estamos.

**Asumir las consecuencias de nuestros actos y de nuestras omisiones** y ponerlo todo en las manos de Dios para que sane nuestras heridas y las que hemos hecho a nuestros hermanos. Ser conscientes de que solo Dios puede hacer nuevas todas las cosas y nos da la fuerza que necesitamos para comenzar de nuevo.

**Acoger el proyecto de Dios sobre nuestra vida**, las llamadas que nos hace desde la realidad en que nos encontramos como el verdadero camino de la felicidad, asumiendo las dificultades como espacios donde encontrar a Dios con más intensidad.

**Confesar nuestros pecados es reconocer ante la comunidad cristiana**, representada en la persona del sacerdote que hemos traicionado nuestro compromiso defraudando a nuestros hermanos,

que renunciamos a vivir nuestra vida al margen de Dios, que detestamos el haber roto la comunión, que queremos formar parte de la comunidad que celebra la misericordia de Dios y nos ofrece vivir como su Familia.

**Recibir el perdón de Dios** por la absolución del sacerdote y **comprometernos** en su proyecto salvador es dejar que sea el Espíritu de Dios quien dirija nuestros pasos y también dejarnos iluminar por los hermanos en la búsqueda de la voluntad de Dios sobre nosotros, para juntos construir la comunidad cristiana que sea fermento de Humanidad Nueva en medio del mundo.

La Iglesia, además de individualmente, también **celebra comunitariamente el sacramento** cuando los cristianos se preparan juntos escuchando la Palabra que juzga su vida, expresan su deseo de recibir el perdón, cada uno confiesa individualmente los pecados y recibe la absolución, y todos dan gracias a Dios en comunidad por su misericordia que les permite caminar juntos como Pueblo de Dios hacia la nueva Jerusalén.

## Oración

Cantos para interiorizar y celebrar:  
El agua del Señor sanó mi enfermedad  
Vengo ante ti mi Señor reconociendo mi culpa

Rezad el Salmo 103. Bendice alma mía al Señor:  
Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres!  
Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto.

Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas;  
las nubes te sirven de carroza, avanzas en las olas del viento;  
los vientos te sirven de mensajeros; el fuego llameante, de ministro.

Asentaste la tierra sobre sus cimientos, y no vacilará jamás;  
la cubriste con el manto del océano, y las aguas se posaron sobre las montañas;

pero a tu bramido huyeron, al fragor de tu trueno se precipitaron,  
mientras subían los montes y bajaban los valles:  
cada cual al puesto asignado.  
Trazaste una frontera que no traspasarán,  
y no volverán a cubrir la tierra.

De los manantiales sacas los ríos, para que fluyan entre los montes;  
en ellos beben las fieras de los campos, el asno salvaje apaga su sed;  
junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre las frondas se oye su canto.

Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecunda;  
haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre.

El saca pan de los campos, y vino que le alegra el corazón;  
y aceite que da brillo a su rostro, y alimento que le da fuerzas.

Se llenan de savia los árboles del Señor, los cedros del Líbano que El plantó:  
allí anidan los pájaros, en su cima pone casa la cigüeña.  
Los riscos son para las cabras, las peñas son madriguera de erizos.

Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso.  
Pones las tinieblas y viene la noche, y rondan las fieras de la selva;  
los cachorros rugen por la presa, reclamando a Dios su comida.

Cuando brilla el sol, se retiran, y se tumban en sus guaridas;  
el hombre sale a sus faenas, a su labranza hasta el atardecer.



Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría;  
la tierra está llena de tus criaturas.

Ahí está el mar: ancho y dilatado, en él bullen, sin número,  
animales pequeños y grandes; lo surcan las naves, y el leviatán  
que modelaste para que retoce.

Todos ellos aguardan a que les echas comida a su tiempo:  
se la echas, y la atrapan; abres tu mano, y se sacian de bienes;

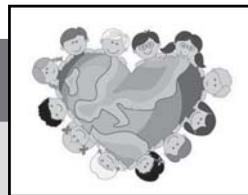
escondes tu rostro, y se espantan; les retiras el aliento, y expiran  
y vuelven a ser polvo; envías tu aliento, y los creas,  
y repueblas la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras,  
cuando El mira la tierra, ella tiembla; cuando toca los montes, humean.

Cantaré al Señor, tocaré para mi Dios mientras exista:  
que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor.

Que se acaben los pecadores en la tierra, que los malvados no existan más.  
¡Bendice, alma mía, al Señor!

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- Consecuencias catequéticas si hablamos de «confesión» o de «perdón de los pecados», para referirnos al sacramento de la Reconciliación

- Dialogamos sobre qué sentido ofrece a nuestra vida el perdón de los pecados.

- ¿Qué podemos hacer, como catequistas, para revalorizar entre los cristianos este sacramento?

TEMA

4

# Creo en la resurrección de la carne y la vida eterna

## Oración

## Himno

Cántico de las Criaturas de San Francisco de Asís  
Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,  
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;  
tan sólo tú eres digno de toda bendición,  
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

Loado seas por toda criatura, mi Señor,  
y en especial loado por el hermano sol,  
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,  
y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor,  
y las estrellas claras, que tu poder creó,  
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,  
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!



Y por la hermana agua, preciosa en su candor,  
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!  
por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,  
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana tierra, que es toda bendición,  
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión,  
las hierbas y los frutos y flores de color,  
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!

Y por los que perdonan y aguantan por tu amor  
los males corporales y la tribulación;  
¡felices los que sufren en paz con el dolor,  
porque les llega el tiempo de la consolación!

Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!  
ningún viviente escapa de su persecución:  
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!  
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!

¡No probarán la muerte de la condenación!  
Servidle con ternura y humilde corazón.  
agradeced sus dones, cantad su creación.  
Las criaturas todas, load a mi Señor.

## Lectura patristica:

La muerte es el último, el definitivo enemigo del hombre, pero...*como la carne es capaz de acoger la corrupción, también puede acoger la incorrupción. Y como puede acoger la muerte, puede acoger la vida. Y si la muerte aleja la vida, apoderándose del hombre y haciéndolo un muerto, tanto más la vida, apoderándose del hombre, alejará la muerte y restaurará al hombre como un viviente para Dios. Pues si la muerte le mató, ¿por qué la Vida no le vivificará? Por tanto, «como el primer hombre se hizo espíritu viviente, el segundo Hombre fue espíritu vivificante». Y como aquel, espíritu vivificante, pecando, perdió la vida, así el mismo, recibiendo el Espíritu vivificante, recobrará la vida* (SAN IRENEO, *Contra las herejías*, IV 14, 1-2).

*«... porque la gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios. En efecto, si la revelación de Dios a través de la creación es causa de vida para todos los seres que viven en la tierra, mucho más lo será la manifestación del Padre por medio del Verbo para los que ven a Dios (5-7).*

## Oremos todos juntos:

La fe cristiana llama justamente «vida eterna» a la victoria del amor sobre la muerte. Por eso con San Policarpo bendigamos a Dios como él en la hora de su martirio:

*Señor, Dios omnipotente, Padre de tu amado y bendito siervo Jesús, por quien hemos nacido de ti, yo te bendigo por haberme considerado digno de esta hora y poder ser contado entre tus mártires, tomando parte en el cáliz de Cristo para resurrección de vida eterna, mediante la incorrupción del Espíritu Santo. Sea yo recibido hoy con ellos en tu presencia, como sacrificio aceptable, conforme previamente me lo preparaste y me lo revelaste, cumpliéndolo ahora Tú, el infalible y verdadero Dios. (Martirio de San Policarpo 14,1)*

## Exposición del tema:

Cada uno de los artículos de nuestro Credo es un misterio de fe. Y cada uno encierra un aspecto del único misterio de Cristo, redentor del hombre. Cristo que libera al hombre del pecado y de la muerte, que lo restituye al designio original y amoroso de Dios sobre él y lo incorpora a su propia vida divina.

**Creo en la resurrección de la carne.** Dios ha creado al hombre, cuerpo y alma, para la vida. Y para la vida eterna. El hombre, cuerpo y alma, es una imagen de Dios, semejanza de Dios, «semilla» de Dios. Y está destinado, cuerpo y alma, a la vida eterna. Nadie como Dios ha valorado tanto el cuerpo y el alma del hombre: porque nadie nos conoce como Él. Somos obra suya. La resurrección de los muertos es la «gran liberación».

**Creo en la vida eterna.** Damos gracias al Señor por el don de la fe. Gracias por su muerte que nos ha abierto las puertas de la vida eterna. Gracias por la esperanza en la vida eterna, que nos llena de paz en medio de la oscuridad y el dolor. Esa fe y esa esperanza nos liberan del temor de la muerte. Hasta resulta «amable» la «hermana muerte», que rompe las últimas ataduras y nos desvela la eternidad.

## 4.1. La renovación final de la humanidad y del mundo

### LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

¿Qué ocurre con nosotros después de nuestra muerte? Nuestras vidas discurren entre penas y alegrías; proyectos y trabajos; logros y decepciones... ¿En qué desembocan estas cosas? ¿En la nada y el vacío? Si es así, ¿vale la pena amar y luchar por todo esto? ¿Qué podemos esperar nosotros después de la muerte?

Los cristianos fundamentamos nuestra esperanza en la resurrección de Cristo: ¡Participamos de su resurrección! «Si Cristo ha resucitado, también nosotros resucitaremos con Él». La acción creadora, salvadora y santificadora de Dios culmina en la resurrección de los muertos al fin de los tiempos y en la vida eterna. Creer en la resurrección de los muertos ha sido desde el comienzo elemento esencial de la fe cristiana: «Somos cristianos por creer en ella» (Tertuliano).

A los saduceos que negaban la resurrección les decía Jesús: «*Estáis en un error. No conocéis las Escrituras ni el poder de Dios... No es un Dios de muertos, sino de vivos*». Más aún: nos dirá Jesús: «*Yo soy la resurrección y la vida... El que crea en Mí no morirá para siempre... Al que coma mi Cuerpo y beba mi Sangre Yo lo resucitaré en el último día*».

El amor auténtico conlleva el anhelo de eternidad, que la persona amada viva siempre y en plenitud. Dios ha empezado a realizar esta consecuencia tan exigente de su amor para con la humanidad resucitando a Jesús, garantía de que también nos resucitará. Dios en su omnipotencia –puede resucitar a los que ama– dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible, por virtud de la resurrección de Cristo. Como Jesucristo, resucitaremos con nuestro propio cuerpo, aunque transfigurado en cuerpo glorioso, como el suyo. El «cómo tendrá lugar» nuestra resurrección sobrepasa nuestra imaginación y entendimiento, no es accesible más que a la fe.

En realidad, el bautismo ya ha iniciado en nosotros una vida de «resucitados con Cristo». El bautizado participa ya de la dignidad de Cristo. Por eso nuestro cuerpo y el de los demás, especialmente cuando sufre, merece un respeto muy grande. «*¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?*» (1 Co 6,15).

Confesamos nuestra fe en la vida eterna. Sin embargo, a nuestros contemporáneos les cuesta captar la noción de eternidad, porque la asocian a una duración indefinida, con una connotación negativa de cansancio y aburrimiento. La noción de eternidad estaría más vinculada a la noción de «plenitud que no pasará». Todos tenemos experiencia de momentos de gracia, momentos tales de generosidad y de amor, que los vivimos como promesa de un futuro total y completo.

Jesús no nos promete para el más allá sino la alegría inefable del misterio del Dios único. ¡Al fin conocido y contemplado en la autenticidad de su inmenso amor por nosotros! Así lo dice Jesús: «La vida eterna, que te conozcan a ti, Padre, y al que has enviado, Jesús, el Cristo» (Juan 17, 3). «Conocer» en el lenguaje bíblico evoca el amor, poner en el centro de nuestras relaciones a Dios., el será todo para todos. En palabras de San Ireneo: «La gloria de Dios es que el hombre viva y la vida del hombre es ver a Dios»<sup>1</sup>. Pero el descubrimiento del amor absoluto y total no puede ser en soledad o aisladamente, sino en fraternidad universal. La vida eterna será gozar de la vida trinitaria de Dios en comunión con la humanidad entera de todos los tiempos y lugares.

## EL JUICIO FINAL

La esperanza de un futuro mejor la tenemos arraigada desde que somos niños y afecta radicalmente nuestra existencia, hasta el punto de que «vivir sin esperanza» supone haber bajado a los niveles de vacío y de sinsentido más profundos, de sufrimiento interior, perdiendo el deseo de seguir viviendo. Y al contrario, vivimos el presente, incluso con sus contradicciones y paradojas, mirando el futuro. Sin expectativa de futuro el hoy se torna intolerable y pierde sentido y dirección. Nuestra esperanza en el futuro se fundamenta en la experiencia creyente en Jesús que nos abre al futuro, objeto de su predicación: ¡Está cerca el Reino de Dios! (ver Marcos 1, 15)

La vida eterna es la meta de la historia humana, pero hasta entonces experimentamos la confrontación entre el bien y el mal, y, lo que es más difícil asumir, la mezcla del bien y del mal, como bien señala la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13, 24-30). Sólo al final de la historia, como culmen del proceso abierto que es, podrá someterse a juicio definitivo, conociendo la verdad total de todas las cosas.

El Antiguo Testamento atribuye ese juicio final y definitivo al llamado «Día del Señor», que se cumple según el Nuevo Testamento en el día de la aparición gloriosa de Jesucristo, a quien el Padre ha dado el poder de llevar la historia de salvación a su cima. Con esta seguridad consoladora terminamos el Símbolo de los Apóstoles: Desde allí – desde la derecha del Padre- ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Y a la luz de esta fe cobra sentido nuestra vida presente, como el momento de la decisión y el compromiso.

Con imágenes propias del mundo agrario de la siega (Mateo 13, 24-30) y de la selección de ganados (Mateo 25, 31-46), así como de la paz, tras la guerra (Apocalipsis 20, 11-15), se describe la victoria definitiva de la justicia, la vida y el amor, sobre la opresión, la muerte y el odio. Y por tanto, todos los hombres seremos juzgados con toda verdad por Cristo según nuestras obras de amor.

## **4.2. Los «novísimos» o realidades últimas**

### ***LA MUERTE***

La muerte corta la vida terrena de cada hombre, ignorando el día y la hora. Con todo, la muerte acompaña al hombre desde el primer momento de su existencia como una angustiante amenaza. Además, la experiencia de la enfermedad, el sufrimiento, la decepción, el fracaso, la muerte de los otros... nos hace morir por dentro poco a poco, escapándose la vida con ello. No obstante, la experiencia de que la vida es limitada y que no vuelve atrás nos hace tomar conciencia de la importancia de nuestra libertad a la hora de tomar nuestras decisiones en cada acción. A la luz de nuestra muerte el tiempo adquiere su relevancia: es la oportunidad de realizar nuestra vida terrena, dándole una dirección y sentido, y así decidir nuestro destino. La muerte da a cada uno su tiempo. Urge que lo vivamos en plenitud.

Por otra parte, la muerte terrena genera en cada persona humana la experiencia de la angustia, la incertidumbre y del miedo, pues corta del todo su relación con los demás y con el mundo y le hace caer en la nada. Todo esto hace que el hombre viva su propia muerte a lo largo de su vida, no sólo al final de ella. Esta conciencia de morir a lo largo de la vida nos hace diferentes de los otros seres vivos de la creación. Sin embargo, Dios no quiere la muerte. Ésta es consecuencia del pecado, de la ruptura de relación con Aquel que es la fuente de la vida y del ser.

### ***LA MUERTE DE JESÚS Y NUESTRA MUERTE***

Nuestra muerte -dolorosa ciertamente, porque es consecuencia del pecado- es una participación en la muerte del Señor para poder participar también en su resurrección. La muerte es el final de la vida terrena. Aunque el cuerpo es de por sí mortal, Dios lo destinaba a no morir. La muerte es contraria a los amorosos y originales designios de Dios.

Entró en el mundo como consecuencia del pecado. Pero, cuando Jesús, el Hijo de Dios, aceptó la muerte en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre, transformó la maldición de la muerte en una bendición.

El cristiano, unido como está a Jesucristo, muere abandonándose en las manos de Dios y consume su unión a Jesucristo, participando en su muerte. Así los santos pueden decir: «*Para mí la vida es Cristo y morir, una ganancia*» (Filipenses 1, 23). «*Para mí es mejor morir en Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra*» (San Ignacio de Antioquía). «*Yo quiero ver a Jesús, y para verlo es necesario morir*» (Santa Teresa de Jesús). «*Yo no muero, entro en la vida*» (Santa Teresita de Lisieux). De hecho, la Iglesia honra y venera a los santos, que durmieron en el Señor, y además implora su ayuda, porque cree que perviven más allá de la muerte. En su tradición doctrinal, la muerte se percibe como separación de su cuerpo terreno y su alma. Ésta, elemento espiritual, núcleo del hombre, dotada de conciencia y voluntad, pervive y subsiste después de la muerte. Pero entonces, ¿qué ruptura supone la muerte para la persona humana? Con su muerte el hombre carece de la perfecta corporeidad, que le es inherente, pues es «uno en su cuerpo y en su alma» (Gaudium et Spes 14). Por eso, espera la resurrección final de la carne.

Con todo, la Iglesia no se detiene a imaginar lo que será el hombre entre su muerte –en la que su alma pervive– y su resurrección en el «día final» –en la que el cuerpo propio es divinizado plenamente– porque, de hecho, más allá de la muerte se entra en la eternidad, donde ya no hay duración, sino plenitud, donde todo se le hace ya presente y puede vivir ya el final general de los tiempos. Sin embargo, mientras la historia siga abierta, sin concluir, sin ser transfigurada, no se puede hablar de resurrección total.

Nuestro cuerpo -y el de los demás- participa de la nobleza y dignidad del alma y su destino final. De ahí el respeto y cuidado que debe recibir. De ahí la invitación a vivir con valentía, ayudados por la gracia de Dios, todas las virtudes que ennoblecen y dignifican nuestro ser.

## **EL JUICIO PARTICULAR O JUICIO DE CADA HOMBRE**

El tiempo del hombre es tiempo de oportunidad (kairós), de prueba, de apertura a la conversión o al rechazo de Dios. La muerte pone fin a esta etapa de acogida o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo. Ya no es posible dar marcha atrás. Y sólo entonces es, pues, definitivo el juicio: «*Cuando llega el fin del hombre, se revela su historia. Antes de que muera, no declares dichoso a nadie; en el desenlace se conoce al hombre*» (Eclesiástico 11, 27-28). El Nuevo Testamento propiamente nos presenta este juicio en sentido universal, juicio que se entiende también dirigido a cada hombre como un encuentro con Cristo y como una retribución de cada uno según sus obras y su fe.

## **EL CIELO**

Los que mueren en la gracia y amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios porque lo ven «tal cual es». Es una comunión de vida y de amor con la Santísima Trinidad, con la Virgen María, los ángeles y todos los santos. Le llamamos «*cielo*». El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre. Allí, en Cristo, encuentra el hombre «su verdadera identidad», su dicha plena y definitiva. El bienaventurado goza plenamente de los frutos de la redención de Jesús, que lo asocia a su glorificación por haber creído en Él y haber permanecido fiel a su voluntad.

El cielo es un don gratuito de Dios. Debemos pedirlo y acogerlo, no poner obstáculos al amor de Dios que nos quiere salvar. Decirle a Dios ¡no! sería el abuso más triste de nuestra libertad. Sería nuestro infierno.

### **ESTADO DE PURIFICACIÓN FINAL O PURGATORIO**

A los que mueren en la gracia y amistad con Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, les afecta después de la muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría de la Gloria. A este estado –no tanto un lugar- la Iglesia le llama *Purgatorio*. Estas almas pueden ser ayudadas y aliviadas por nuestras oraciones, limosnas y penitencias. De hecho, esto último –la utilidad de orar por los difuntos-, atestiguado ya en el Antiguo Testamento (ver 2 Macabeos 12, 43-46), presenta la vida de la resurrección en interrelación con los otros –comunicación de santos- y además, en un dinamismo de crecimiento: todavía los difuntos, que están vivos ante Dios, pueden seguir creciendo en santidad y transparencia. Así la liturgia cristiana en la antigüedad latina y griega atestigua esta práctica de intercesión por los que han llegado a la meta, pero todavía están lejos de la verdadera transparencia que no han podido alcanzar en su vida terrena y que es necesaria para ver a Dios y reflejar su luz.

### **EL INFIERNO**

Si pecamos gravemente contra Dios, contra nuestros hermanos o contra nosotros mismos, no amamos. Y el que no ama permanece en la muerte. Morir en pecado mortal –pecado de muerte-, sin estar arrepentido, sin acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado –no tanto un lugar- de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los hermanos se designa con la palabra «*infierno*».

La existencia del infierno y su eternidad es una enseñanza clara y repetida de Jesús en el Evangelio, que la Iglesia no ha cesado nunca de proclamar. Es una seria advertencia de Jesús: podemos dejar de amar. Es una llamada a la responsabilidad en el uso de nuestra libertad y un llamamiento apremiante a la conversión. Dios no destina a nadie al infierno, ni quiere que nadie perezca, sino que todos se salven. Pero el hombre ¡puede! rechazar el amor de Dios y condenarse (CCE 1023-1033).

Esta posibilidad pertenece a la libertad del hombre, por eso, el estado de infierno habla más de cómo somos los hombres: absolutamente libres ante Dios. No es una creación de Dios, sino una creación del hombre. Es más, Dios no tratará nunca de «pillarnos a traición». Como decía Santa Juana de Arco: «Si estoy en gracia de Dios, que Él me mantenga en él; si no estoy, que Dios me ponga en él».

El Papa Benedicto XVI, en la Encíclica *Spe Salvi*, dedica unos puntos, realmente profundos y bellos, a los temas que acabamos de tratar; os invitamos a leer detenidamente los siguientes párrafos (ojalá leáis en algún momento todo el documento):

«(45) La opción de vida del hombre se hace en definitiva con la muerte; esta vida suya está ante el Juez. Su opción, que se ha fraguado en el transcurso de toda la vida, puede tener distintas formas. Puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo

se ha convertido en mentira; personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas mismas el amor. Ésta es una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada remediable y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se indica con la palabra infierno.<sup>2</sup> Por otro lado, puede haber personas purísimas, que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son.

46. No obstante, según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso normal de la existencia humana. En gran parte de los hombres —eso podemos suponer— queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida, esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal; hay mucha suciedad que recubre la pureza, de la que, sin embargo, queda la sed y que, a pesar de todo, rebrota una vez más desde el fondo de la inmundicia y está presente en el alma. ¿Qué sucede con estas personas cuando comparecen ante el Juez? Toda la suciedad que ha acumulado en su vida, ¿se hará de repente irrelevante? O, ¿qué otra podría ocurrir?



San Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, nos da una idea del efecto diverso del juicio de Dios sobre el hombre, según sus condiciones. Lo hace con imágenes que quieren expresar de algún modo lo invisible, sin que podamos traducir estas imágenes en conceptos, simplemente porque no podemos asomarnos a lo que hay más allá de la muerte ni tenemos experiencia alguna de ello. Pablo dice sobre la existencia cristiana, ante todo, que ésta está construida sobre un fundamento común: Jesucristo. Éste es un fundamento que resiste. Si hemos permanecido firmes sobre este fundamento y hemos construido sobre él nuestra vida, sabemos que este fundamento no se nos puede quitar ni siquiera en la muerte. Y continúa: «Encima de este cimiento edifican con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno o paja. Lo que ha hecho cada uno saldrá a la luz; el día del juicio lo manifestará, porque ese día despuntará con fuego y el fuego pondrá a prueba la calidad de cada construcción. Aquel, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa, mientras que aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. No obstante, él quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego» (3,12-15). En todo caso, en este texto se muestra con nitidez que la salvación de los hombres puede tener diversas formas; que algunas de las cosas construidas pueden consumirse totalmente; que para salvarse es necesario atravesar el «fuego» en primera persona para llegar a ser definitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno.

47. Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, «como a través del fuego». Pero es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios.

Así se entiende también con toda claridad la compenetración entre justicia y gracia: nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría. Está claro que no podemos calcular con las medidas cronométricas de este mundo la «duración» de éste arder que transforma. El «momento» transformador de este encuentro está fuera del alcance del cronometraje terrenal. Es tiempo del corazón, tiempo del «paso» a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo.

El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra –juicio y gracia– de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación «con temor y temblor» (Fil 2,12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro «abogado», parakletos (cf. 1 Jn 2,1).



48. Sobre este punto hay que mencionar aún un aspecto, porque es importante para la praxis de la esperanza cristiana. El judaísmo antiguo piensa también que se puede ayudar a los difuntos en su condición intermedia por medio de la oración (cf. por ejemplo 2 Mc 12,38-45: siglo I a. C.). La respectiva praxis ha sido adoptada por los cristianos con mucha naturalidad y es común tanto en la Iglesia oriental como en la occidental. El Oriente no conoce un sufrimiento purificador y expiatorio de las almas en el «más allá», pero conoce ciertamente diversos grados de bienaventuranza, como también de padecimiento en la condición intermedia. Sin embargo, se puede dar a las almas de los difuntos «consuelo y alivio» por medio de la Eucaristía, la oración y la limosna. Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción funda-

mental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una experiencia consoladora. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón? Ahora nos podríamos hacer una pregunta más: si el «purgatorio» es simplemente el ser purificado mediante el fuego en el encuentro con el Señor, Juez y Salvador, ¿cómo puede intervenir una tercera persona, por más que sea cercana a la otra? Cuando planteamos una cuestión similar, deberíamos darnos cuenta que ningún ser humano es una mónada cerrada en sí misma. Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones. Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal. Así, mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte. En el entramado del ser, mi gratitud para con él, mi oración por él, puede significar una pequeña etapa de su purificación. Y con esto no es necesario convertir el tiempo terrenal en el tiempo de Dios: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal. Nunca es demasiado tarde para tocar el corazón del otro y nunca es inútil. Así se aclara aún más un elemento importante del concepto cristiano de esperanza. Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí. Como cristianos, encarna deberíamos preguntarnos solamente: ¿Cómo puedo salvarme yo mismo? Deberíamos preguntarnos también: ¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza? Entonces habré hecho el máximo también por mi salvación personal.

## **LA ESPERANZA DE LOS NUEVOS CIELOS Y LA TIERRA NUEVA.**

El Reino de Dios llegará en plenitud al final de los tiempos. Esta certeza atestiguada por el mismo Cristo no debe amortiguar nuestra dedicación a perfeccionar el mundo en que ahora vivimos, ya que ninguno de nuestros esfuerzos por promover la dignidad, fraternidad y libertad humanas habrán sido inútiles, al contrario se descubrirá que son estos esfuerzos los únicos razonables y con sentido.

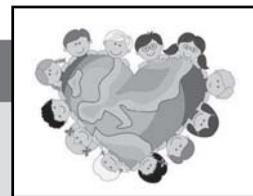
Por otra parte, cada logro del progreso humano no puede confundirse con el Reino de Dios, pero es un paso hacia adelante, y desde este Reino debe juzgarse cada jalón del camino de la historia. La esperanza cristiana sobrepasa cualquier expectativa humana y se funda en Dios, que a través de Jesucristo con el dinamismo del Espíritu Santo nos ha comunicado su amor.

### **BIBLIOGRAFÍA:**

BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe Salvi* (30 noviembre 2007)  
CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn 988-1060,  
COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn 202-217.  
CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esta es nuestra fe, ésta es la fe de la Iglesia*, pp 201-215.  
COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Esperamos la Resurrección y la Vida Eterna* (26 noviembre 1995).  
ANTÓN GUILLÉN, M.A., *Discípulos y Testigos, Tema 12*, Diócesis de Teruel y Albarracín, 2008.  
SESBOÛÉ, B., *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI*, San Pablo, Madrid, 2000, págs. 605-627

## **PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO**

- ¿Qué aporta a tu vida, a tu quehacer cotidiano, la esperanza cristiana? ¿Puede ser ésta alienante?
- ¿Por qué el cristiano ha de cultivar y vivir una actitud de ruta, de camino hacia lo definitivo, sin absolutizar lo provisorio?
- ¿Por qué hoy, más que en ninguna época, el mundo necesita de nuestro testimonio de cristianos?
- ¿Cómo podemos en nuestra vida diaria (familia, trabajo, parroquia, relaciones...) ejercer la misión de testigos de Cristo?



## TEMA

# 5

# La Santísima Trinidad

## Oración

¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo!

Oración de la página 71 de «**Jesús es el Señor**».

Canto: Alabaré, alabaré...

Ejercicio: *Haced la señal de la Cruz, fijándoos en cada una de las Personas divinas.*

*El Símbolo Apostólico o Credo profesa nuestra fe:*

- En **Dios Padre**, a quien agradecemos lo que somos y tenemos;
- en su **Hijo Jesucristo**, que nos trajo su salvación;
- y en el **Espíritu Santo** que habita en la Iglesia y en cada uno de nosotros y nos encamina hacia la vida eterna.

*Esta es nuestra fe: ésta es la fe de la Iglesia que profesamos en nuestro Bautismo y siempre que celebramos la Eucaristía.*

La Iglesia nos trasmite el misterio de un Dios que desborda nuestro espacio y nuestro tiempo y aun la creación entera, pero que ha querido hacerse familiar y cercano a los hombres.

Como dice San Pablo:

«¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento el de Dios!

¡Qué insondables sus decisiones y qué irrazonables sus caminos!

¿Quién conoció la mente del Señor?

El es la causa, guía y meta del universo.

A Él la gloria por los siglos. Amén». *Romanos 11.33-36*



Dios es más grande que lo que los hombres podemos conocer y decir.

La doctrina de la Trinidad constituye con la de la redención la parte central y característica de nuestra fe cristiana. No creemos solamente en Dios; creemos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El misterio de la Trinidad es constitutivo y distintivo del cristianismo. Es un misterio específico, porque la misma redención supone dicho misterio. Más aún: no podríamos comprender nada del sentido profundo de nuestra vida cristiana si no conociésemos nada de la Trinidad, la cual es la fuente y la finalidad de nuestra vida.

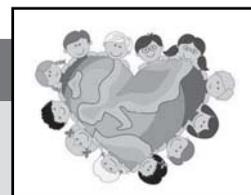
«Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y quien me ama, será amado de mi Padre, y yo también le amaré y me manifestaré a él» (Juan 14,21).

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

- Buscad el mandato de Jesús en Mateo 28,19-20, comentad las palabras de nuestro Bautismo.

- Buscad: Malaquías, 2,10; Deuteronomio 32,6, *comprueba la fe en un único Dios creador.*

- Comprobad que la estructura del Credo tiene tres partes dedicadas a cada



### 5.1 Dios se nos ha revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo

Sólo Dios puede darnos o comunicarnos a Dios pues sólo El abarca el misterio de su vida íntima.

Y Dios efectivamente se nos ha entregado. Ha entrado en nuestra historia, convirtiéndola en Historia de su Alianza, para salvarnos a los hombres.

Dios se mostró al pueblo de Israel como un Dios todopoderoso y estuvo cerca de él, le amó con mayor ternura que una madre a su hijo pequeño, y se manifestó con su señorío y gloria en la obra redentora de Jesús, su Hijo hecho hombre.

**Buscad, Isaías 49,15; 66,13; Salmo 67,6; 130;** se revela como un padre lleno de ternura, preocupado por sus hijos.

¿Por qué profesamos un solo Dios?

Profesamos un *solo* Dios porque Él se ha revelado al pueblo de Israel como el Único, cuando dice: «escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el Único Señor» (Dt 6,4), «no existe ningún otro» (Is 45,22). Jesús mismo lo ha confirmado: Dios «es el único Señor» (Mc 12,29). Profesar que Jesús y el Espíritu Santo son también Dios y Señor no introduce división alguna en el Dios Único. *Compendio CIC 37*.

Los discípulos, testigos de la vida, muerte y resurrección de Jesús, profesaron esta fe: quien ha visto a Jesús, ha visto a Dios, su Padre; Dios mismo se les hizo cercano en Jesús de Nazaret; Dios Padre se les reveló en Jesús, su único Hijo.

Una vez resucitado e introducido en la gloria del Padre, Jesús envía el Espíritu Santo al nuevo Pueblo de Dios, a la Iglesia. El Espíritu Santo es el don que Jesús resucitado recibe del Padre para nosotros, es el regalo del Padre y del Hijo.

El Credo que profesamos resume la historia de la Alianza de Dios con los hombres; expresa lo que Dios ha dicho y hecho para revelarnos quién es El mismo.

- ¿Cómo se ha dado Dios Padre a los hombres?

Dios Padre se ha dado a Sí mismo a los hombres, por su Hijo en el don del Espíritu Santo.

EL ES ORIGEN, GUIA Y META DEL UNIVERSO

**Buscad Efesios, 3,14-20, Juan 14,15-31** revelación de la relación con cada una de las Personas; promesa del Espíritu Santo.

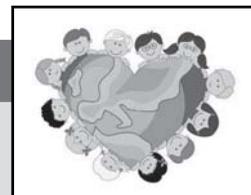
*«Sólo Dios debe ocupar el alma. La paz no la da el silencio, ni los cipreses del claustro, ni el canto de los pájaros... La paz para el trapense es Dios, y fuera de Él no hay nada en una Trapa que merezca la pena. (...) Señor, sólo Tú..., sólo Tú permaneces... Nada hay bajo el sol que llene el corazón del hombre, sino Tú» (S. RAFAEL ARZNÁIZ, Obras, 675)*

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

¿Qué experiencias tienes de búsqueda de Dios en el ambiente donde vives?

¿Crees importante, fundamentar la vida cristiana en el Amor Trinitario?.

¿Se puede vivir un amor sin relación al otro?



## 5.2 El misterio de la Santísima Trinidad

- ¿Qué es el misterio de la Santísima Trinidad?

El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio de la vida íntima y feliz del Dios uno, vivo y santo. Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas distintas que, siempre y para siempre, en unidad del mismo Ser, viven en una perfectísima comunión de vida y amor.

- ¿Acaso el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres dioses?

No, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un solo Dios.

- El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ¿son iguales entre sí?

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sin confundirse entre sí, son iguales porque son un solo Dios increado, todopoderoso, santo, eterno, inmenso, justo y misericordioso.

**El Padre** se distingue de las otras dos Personas divinas porque El es la fuente y origen de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo. Es *Principio* sin principio. Por ello la Sagrada Escritura y la Iglesia llaman, de ordinario, *Dios* al Padre. El es la fuente y el origen de toda la Trinidad.

**El Hijo** se distingue de las otras personas divinas porque, desde siempre y por siempre, Dios lo engendra para llenarlo de todas las riquezas de su mismo Ser de Dios.

**El Espíritu Santo** se distingue de las otras dos Personas porque, desde siempre y por siempre, procede el Padre y del Hijo como vínculo eterno de su amor. El Padre y el Hijo, desde toda la eternidad, comunican al Espíritu Santo su mismo Ser de Dios.

Cuando los cristianos intentamos hablar de la vida íntima de Dios, de la profundidad y riquezas infinitas de su ser, hablamos de una sabiduría que no es de este mundo. La luz que Dios nos ha dado para que podamos entrever cómo es El y cómo ha actuado para nuestra salvación es una gracia inestimable: con ella vislumbramos que Dios es desbordante e inabarcable.

En Dios la vida se manifiesta en un recíproco poseerse, en un mutuo darse, en una comunión perfecta. La Trinidad brota de las raíces más profundas del ser divino, que derrocha plenitud de vida.

La Iglesia nos enseña que la vida íntima de Dios es un **misterio**. Los hombres usamos la palabra *misterio* para expresar realidades profundas de nuestra vida o de la naturaleza que no podemos explicar con nuestra inteligencia ni expresar con el lenguaje ordinario. Es cierto, que lo más profundo de Dios está más allá de lo que los hombres podemos pensar y decir. Pero, cuando los cristianos intentamos, en la Iglesia hablar del *misterio de Dios*, no queremos referirnos sólo a que nuestra inteligencia no lo puede abarcar.

Hay otros caminos para intentar vislumbrar lo que queremos decir al hablar del *misterio de Dios*: por ejemplo, referirnos al amor con que se aman entre sí los esposos o los padres y los hijos. Cuando queremos expresarlo con palabras afectuosas o con gestos y muestras de cariño, nos damos cuenta de que siempre resultan insuficientes para mostrar la hondura de ese amor. Por eso, concluimos, a veces diciendo: «el verdadero amor humano es un misterio».

Lo que Dios nos ha comunicado sobre Sí mismo alumbra la oscuridad de nuestro camino mientras nos acercamos a la luz plena que es Dios mismo.

Ningún espíritu creado puede vislumbrar las profundidades de Dios, esto es, su omnipotente Unidad y su eterna Trinidad.

**San Agustín** Obispo de Hipona, reflexionando por la playa en el misterio de la Santísima Trinidad, vio un niño que con una concha cogía agua del mar y la llevaba a un agujero que había hecho; San Agustín observaba las idas y venidas del niño, y le pregunta: - Qué quieres hacer. Le contesta, -quiero meter toda el agua del mar en este agujero. San Agustín riéndose le manifestó – eso es imposible. A lo que el niño respondió, - más imposible es que en tu entendimiento limitado entre el misterio de la Santísima Trinidad.

Solo el Espíritu de Dios puede penetrar el abismo de vida divina. No obstante, el espíritu humano, iluminado por la fe, reconoce que:

- **El Padre**, principio y origen del Hijo y del Espíritu, es el origen de todo, el autor de la creación;
- **El Hijo**, Sabiduría, Palabra e Imagen del Padre, es la manifestación plena de Dios a los hombres, el autor de la Redención.
- **El Espíritu Santo** es el Amor del Padre y del hijo que confirma y sella el amor y la comunión entre todos los cristianos y aun entre todos los hombres.

El Padre es la «fuente de toda la Trinidad». Es el silencio: Ha dicho una sola Palabra, su Hijo, y la ha pronunciado en un eterno silencio.

El Padre y el Hijo dan la plenitud de la vida divina al Espíritu Santo. Padre e Hijo se la dan recíprocamente, como fruto de la más íntima comunión. El Espíritu Santo es el amor personal del Padre y del Hijo, su beso mutuo, eterno movimiento, inefable éxtasis de su amor. Así, con un triple sujeto, se cierra el círculo de la comunión de vida y de amor en Dios, sellado por el Espíritu Santo.

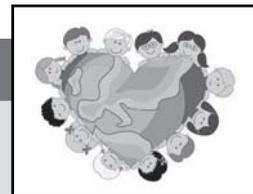
Toda la vida divina brota de la fuente primitiva, el Padre , que no tiene origen; con flujo eterno se derrama en el Hijo y a partir de ambos en el Espíritu Santo, para refluir en el Padre en el infinito amor de todos. Así en Dios trino no hay una fría y rígida soledad, sino un amor cálido y una eterna donación, que se nos comunica en Jesucristo.

Es un misterio trascendente como misterio divino, pero sobre todo en él participa realmente el hombre en la intimidad de la vida trinitaria.

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO

### Para la reflexión y el diálogo

- **¿Cómo se relacionan las tres Personas divinas?**
- **Los catequistas, ¿hay preocupación por profundizar en el conocimiento de la Trinidad, en la catequesis y en la vida personal?**
- **¿Se explica la Redención de Jesucristo al margen de la Trinidad?**
- **¿El vacío del hombre actual, tiene relación en no abrirse a la presencia de Dios Trinidad en él?**



## 5.3 El misterio de la Santísima Trinidad y la vida cristiana en la Iglesia

La revelación de este misterio no viene explícitamente a satisfacer nuestra necesidad de conocer a Dios, sino que afecta directamente el destino del hombre, e incluso de toda la creación.

**San Patricio**, evangelizador de Irlanda, les explicaba a los irlandeses el misterio Trinitario, sirviéndose de un trébol de tres hojas, cada hoja es distinta, pero un solo trébol y cada hoja es trébol.

Los cristianos nos gloriamos de profesar, en la Iglesia, nuestra fe en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que habita en nosotros cuando vivimos en gracia y amistad con El.

Nuestra vida cristiana en la Iglesia comenzó cuando fuimos bautizados *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Cada vez que trazamos sobre nosotros la señal de la cruz, recordamos el Bautismo que recibimos *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*.

**Beata Isabel de la Trinidad 1880-1906:** «¡La Trinidad! He aquí nuestra morada, nuestra querida intimidad, la casa paterna de la que no tenemos que salir nunca» (El cielo en la tierra).

Siempre que participamos en la oración comunitaria de la Iglesia, profesamos nuestra fe en la Trinidad al dirigir nuestra oración *al Padre, por nuestro Señor Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo*.

En la celebración de la Eucaristía, que es la cumbre de toda oración de la Iglesia, ésta tributa a Dios la mayor alabanza al aclamar:

«Por **Cristo**, con El y en El, a Ti, **Dios Padre** omnipotente, en la unidad del **Espíritu Santo**, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. AMÉN»

La vida eterna es conocer al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. El riesgo de la vida cristiana es la Trinidad conseguida o perdida para siempre. Por ello la Iglesia conserva este dogma como el misterio más profundo que le confió el Señor, y lo mantiene, en la oración, como herencia viva y preciosa a través de los siglos.

El Dios que nos viene al encuentro y nos salva en la economía sacramental se nos comunica a nosotros bajo la invocación trinitaria.

La presencia en la Iglesia y en el cristiano de la Trinidad debe conducir al alma del creyente a entrar en la vida íntima del misterio. Después de la bajada hacia nosotros de la gracia bautismal, ya no somos atónitos espectadores, sino felices participantes de los esplendores e inefables riquezas de la vida divina. La unión de nuestra alma con Cristo implica el acceso al misterio de Dios.





La gracia –participación de la vida de Dios- es el entrar del alma en la misteriosa vida de la Trinidad en cuyo seno contrae nuevos y reales vínculos con cada una de las tres divinas Personas. El misterio de la gracia es el misterio de esa vida de intimidad con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La confianza que Dios nos ha hecho de su vida y de sus Personas no está en función de una satisfacción intelectual, sino que tiene un valor decididamente vital. Este misterio, que es el fundamento de nuestro Credo, es objeto de fe y de posesión.

Es urgente tomar cada vez más conciencia de ese augustísimo misterio, que sitúa al cristiano por encima del nivel puramente humano, para convertirlo, ya en la tierra, en un hombre de cielo

«En lo más íntimo de lo más íntimo de nuestro ser estás Tú... Nos hiciste Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto y

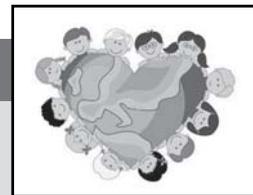
ansioso hasta que no te alcanza y descansa en Ti» **(S. Agustín)**

¡Cuán grande es tu misericordia, oh Cristo Señor, cuán grande es tu favor y tu bondad en hacernos orar así en la presencia de Dios, hasta poder llamarle Padre! Y como tú eres Hijo de Dios, también nosotros somos llamados hijos. Ninguno de nosotros hubiera osado emplear esta palabra en la oración: era necesario que tú mismo nos animases a ello. ¡Oh Jesús!, ayúdanos a recordar que, cuando llamamos a Dios Padre nuestro, debemos portarnos como hijos de Dios. Si nos complacemos en Dios como en nuestro padre, también él debe poder complacerse en nosotros como en sus hijos.

¡Oh Padre nuestro!, haz que seamos templos tuyos, en que los hombres puedan reconocer tu presencia. Que nuestra conducta no traicione a tu Espíritu; pues nos has hecho celestiales y espirituales, ayúdanos a pensar y a obrar lo que es celestial y espiritual **(S. Cipriano)**.

El pueblo cristiano invoca a María, como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Templo de la Trinidad.

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y EN GRUPO



- Podrías explicar la relación de la Eucaristía y la Trinidad
- ¿Qué importancia tiene en la comunidad parroquial la vivencia de la Trinidad?
- ¿Habéis comprobado en la historia, que los hombres de contemplación son los que han creado comunidad?

Rezar el *Acto de Fe* de la tradición española y a continuación el *Gloria*, contenidos ambos en el Apéndice oracional del *Compendio* del Catecismo de la Iglesia Católica (p. 227 y 213).

TEMA

6

## El amén del creyente



El Espíritu y la novia dicen: «¡Ven!».  
Y el que oiga diga: «¡Ven!»!  
Y el que tenga sed, que se acerque,  
y el que quiera,  
**reciba gratis el agua de la vida. Ap 22,17**

Hemos desplegado la Palabra de luz que la Iglesia recibe de su Señor con la misión de hacerla resplandecer sobre el mundo. Esta Palabra no puede ser escuchada realmente si no es recibida a la vez como *Palabra de vida*. Ni siquiera las más precisas formulaciones descubren todo su sentido sino a quien las acoge por su parte desde la interioridad del acto de fe.

Hemos hablado desde la Iglesia sobre Dios Padre, sobre Cristo, sobre el Espíritu, sobre la Iglesia misma, sobre la vida eterna y los caminos que a ellos conducen; pero siempre dentro de un marco bien delimitado, que queda definido por dos afirmaciones: la primera es «Creo»; la segunda ha conservado su forma hebrea, pues se resiste a cualquier traducción: *AMÉN*.

*Amén* es, por así decir, *la firma del creyente*, el acta de su adhesión. Él lo pronuncia al final de la celebración de su bautismo, cuando el celebrante le entrega el cirio, símbolo de su vida como hijo de la luz. Lo pronuncia en el momento de su confirmación, cuando el ministro le marca con la unción, signo del don del Espíritu. Lo pronuncia cuando el celebrante le presenta el cuerpo de Cristo en la comunión. Lo pronuncia para dar su consentimiento y mostrar su participación en las oraciones que el ministro formula en el curso de la asamblea litúrgica.

Ese Amén resuena de modo especial después de la fórmula de acción de gracias con que concluye la plegaria eucarística: «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad el Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos».

El amén del creyente tiene la sencillez, pero también la fuerza de un «Sí» que compromete la vida entera. Es la *palabra del testigo*, como respuesta a una Verdad que le ha dado alcance. La palabra de la fe expresada en el Amén no se lanza «al aire». Ni le falta apoyo, aunque no lo busca en sí misma, como poniendo voluntad de creer. Lo encuentra en esa Palabra de revelación y de salvación que le transmite la Iglesia. El Amén del creyente encuentra su certeza y su firmeza en la solidaridad y en el poder dinamizador de la Verdad propuesta a su fe y a su oración.

La seguridad que acompaña al Amén del creyente no tiene, en definitiva, otro fundamento que Dios mismo. Él la recibe como una gracia de Dios vivo y verdadero, presente y activo en el testimonio de la Iglesia. Ese Dios es el Dios fiel a sus promesas, el Dios de la Verdad, que no engaña: Aquel en quien se puede descansar, en quien se puede confiar.

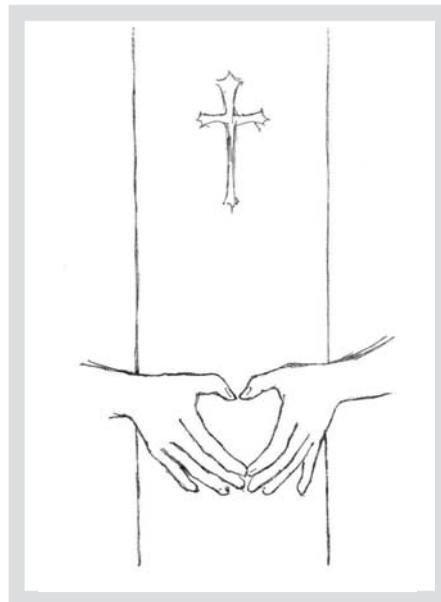
El hebreo se vale de la misma raíz para expresar la seguridad del creyente en su Amén y la solidez del Dios al que otorga esa fe. Isaías puede jugar con dos palabras de la misma raíz para formular su solemne advertencia: «Si no os afirmáis en mí, no seréis firmes» (Is 7,9)

El AMÉN es pues la *palabra de la Alianza por excelencia*. Al pronunciarlo el creyente desde la fe, en él resuena como en eco la seguridad con la que Dios siempre ha adornado sus promesas. Expresa un intercambio de confianza y de fidelidad en la verdad. El Dios de la Alianza, Dios fiel y veraz, es el primero en ser designado como «Dios del Amén» (Is 65,16).

Dios ha pronunciado su AMÉN con todas sus fuerzas y con pleno sentido en Cristo Jesús: «Cristo Jesús... no fue 'sí' y 'no'; en él no hubo más que sí. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en él y por eso decimos por él 'Amén' nuestro sí a la gloria de Dios» (2 Co 1,19-20). Jesús es «el Amén, el Testigo fiel y veraz» (Ap 3,14). Y el Amén del creyente traduce la acogida del testimonio de este testigo fiel, así como la resolución de transformarla en palabras y hechos.

Su Amén agrega al creyente a la «gran nube de testigos» que le han precedido «fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe» (Hb 12,1-2). Se suma al Amén que proclaman sin cesar los ángeles en torno al trono de Dios y de los que «han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero» (Ap 7,14), que proclaman: «Amén, Alabanza, Gloria, Sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén» (Ap 7,12).

Junto con los que siguen como él en camino, el creyente presta mayor atención aún a la voz de Aquel «que da testimonio y dice: 'Sí, vengo pronto'. Y, con esperanzado deseo, contesta: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22,20).



## Celebración Entrega del Credo

### Himno

¡Guardadnos en la fe y en la unidad,  
vosotros, que ya estáis desde el principio  
en comunión con Cristo y con el Padre!

¿A quién acudiremos  
cuando la fe va herida  
sino a vosotros, testigos vigilantes,  
que anunciáis con palabra poderosa  
lo que era en el principio,  
lo que vieron de cerca vuestros ojos  
y lo que vuestras manos  
tocaron y palparon del Verbo de la vida?  
¡Guardadnos en la fe y en la unidad,  
vosotros, que ya estáis desde el principio  
en comunión con Cristo y con el Padre!

¿En quién descansaremos  
la duda y la esperanza  
sino en vosotros, cimientos de la Iglesia,  
que habéis visto al Señor resucitado,  
y oísteis al Espíritu  
revelar por el fuego y la palabra  
el misterio de Cristo  
que estaba oculto en Dios desde los siglos?  
¡Guardadnos en la fe y en la unidad,  
vosotros, que ya estáis desde el principio  
en comunión con Cristo y con el Padre!  
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.  
Por los siglos. Amén.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

**Saludo:** El Señor os dé la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

**Respuesta:** El Señor está con nosotros y estamos alegres

**Catequista:** Oremos...



**Todos:** Tu Hijo, después de subir al cielo, envió sobre los apóstoles el Espíritu Santo, que había prometido, para que penetraran en los misterios del Reino; te pedimos que repartas también entre nosotros los dones de este mismo Espíritu.

**Catequista:** Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

**Todos:** Amén.

Hoy se cumple esta Escritura

**Salmo 124** (recitado por todos)

Los que confían en el Señor son como el monte Sión:  
no tiembla, está asentado para siempre.

Jerusalén está rodeada de montañas,  
y el Señor rodea a su pueblo  
ahora y por siempre.

No pesará el cetro de los malvados  
sobre el lote de los justos,  
no sea que los justos extiendan  
su mano a la maldad.

Señor, concede bienes a los buenos,  
a los sinceros de corazón;  
y a los que se desvían por sendas tortuosas,  
que los rechace el Señor con los malhechores.  
¡Paz a Israel!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

## *Lectura del Evangelio según San Juan* (6,27-29)

Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios. Ellos le preguntaron: –Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere? Respondió Jesús: –La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que Él ha enviado.

Silencio

## Rito de entrega del Credo

### **Catequista**

Hermanos: Os entrego la fe de los apóstoles, la fe de la Iglesia, el credo que me esfuerzo en vivir y que da fuerza y sentido a mi vida. El credo que no sólo hay que guardarlo en la memoria del corazón: hay que vivirlo y no basta con saber recitarlo. Os lo doy por escrito y con la confesión de mis labios. Recibidlo como una luz que lleva veinte siglos sin apagarse; y dad testimonio en vuestras casas, en vuestros trabajos, en medio del mundo, de esta fe luminosa que atraviesa la Historia.

(Y comienza el catequista a proclamar con fuerza el Credo de los apóstoles, parte por parte, que los catecúmenos van repitiendo).

Creo en Dios,  
Padre Todopoderoso,  
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo,  
Su Único Hijo,  
nuestro Señor.  
Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,  
nació de Santa María Virgen,  
padebió bajo el poder de Poncio Pilato,  
fue crucificado, muerto y sepultado.

Descendió a los infiernos,  
al tercer día resucitó de entre los muertos,  
subió a los cielos,  
y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso.  
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,  
la santa Iglesia católica,  
la comunión de los santos,  
el perdón de los pecados,  
la resurrección de la carne,  
Y la vida eterna.  
Amén

**Catequista:** Vivid esta fe día y noche. Podéis ir en paz.

**Todos:** Demos gracias a Dios



Siglas de los documentos eclesiales más citados:

CCE Catecismo de la Iglesia Católica (1992)

DGC Directorio General para la Catequesis (1997)

ENF Catecismo «Esta es nuestra fe» (CEE)

## Fechas para no olvidar en este curso. AGENDA DEL CATEQUISTA

- Envío Diocesano de Catequistas Fecha: \_\_\_\_\_ Lugar: \_\_\_\_\_
- Día de la Educación en la Fe Fecha: \_\_\_\_\_ Lugar: \_\_\_\_\_
- Encuentro Regional de Catequistas Fecha: \_\_\_\_\_ Lugar: \_\_\_\_\_
- Encuentro Diocesano de Catequistas Fecha: \_\_\_\_\_ Lugar: \_\_\_\_\_
- Reunión de Formación: Día de la semana \_\_\_\_\_
- Otros \_\_\_\_\_

- **S. Enrique de Ossó, Patrono de los Catequistas**

**Día 27 de Enero**

- Escuela de Verano para Catequistas y Animadores de la Fe

Día \_\_\_\_\_ Lugar \_\_\_\_\_

Este cuaderno es de \_\_\_\_\_

c/ \_\_\_\_\_ nº \_\_\_\_\_ Población \_\_\_\_\_ Teléfono \_\_\_\_\_

## Personas a las que acompaño

	NOMBRE Y APELLIDOS	DIRECCIÓN	TELEFONO	FECHA SANTO Ó CUMPLEAÑOS
1				
2				
3				
4				
5				
6				
7				
8				
9				
10				
11				
12				
13				
14				
15				
16				



«Esta síntesis de la fe no ha sido hecha según las opiniones humanas, sino que de toda la Escritura ha sido recogido lo que hay en ella de más importante, para dar en su integridad la única esperanza de la fe. Y como el grano de mostaza contiene en un grano muy pequeño gran número de ramas, de igual modo este resumen de la fe encierra en pocas palabras todo el conocimiento de la verdadera piedad contenida en el Antiguo y el Nuevo Testamento».

«San Cirilo de Jerusalén»

- Delegaciones y Secretariados de Catequesis de Aragón -